



**Jose Luis y Jose M^a
ARENILLAS**

***Sobre la Cuestión
Nacional en
EUSKADI***

Fondo documental

EHK

Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL EN EUSKADI

Pelai Pagès

JOSÉ LUIS ARENILLAS y JOSÉ M.^a ARENILLAS

*Este trabajo ha sido convertido a libro digital
por militantes de EHK,
para uso interno y forma parte del
material de trabajo para el estudio,
investigación y formación del
pensamiento marxista y la historia
de los comunistas vascos.*

<http://www.ehk.eus>

INDICE

APUNTES METODOLÓGICOS SOBRE LOS NACIONALISMOS ACTUALES (A propósito de los artículos de José Luis y José M.

Arenillas sobre Euskadi), por Pelai Pagès 9

LOS NACIONALISMOS EUROPEOS 11

LOS NACIONALISMOS NO EUROPEOS 17

LOS MOVIMIENTOS DE EMANCIPACIÓN NACIONAL EN LA PENINSULA IBERICA . . . 26

EUSKADI, EL NACIONALISMO VASCO Y LOS HERMANOS ARENILLAS 35

I

JOSÉ LUIS ARENILLAS: EL NACIONALISMO VASCO EN LA HISTORIA Y DURANTE LA II REPÚBLICA 47

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES EN EUSKADI 47

LA LUCHA DE CLASES EN EL MOVIMIENTO NACIONALISTA VASCO 61

LA LIBERACIÓN NACIONAL DE EUSKADI DEBE SER OBRA DE LAS MASAS OPRIMIDAS . . . 65

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES IBERICAS 71

EL PROBLEMA NACIONAL DE EUSKADI. 77

LA GUERRA EUROPEA Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO VASCO . . . 78

LAS VACILACIONES DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y LA MANSEDUMBRE DE LA BURGUESÍA INDUSTRIAL . . 80

LA POLÍTICA ECONOMICA DE LA DICTADURA . . . 82

EL MOVIMIENTO NACIONAL DURANTE LA DICTADURA . . . 83

LA REPÚBLICA Y EL PROBLEMA NACIONAL EN EUSKADI . . . 84

EL PROLETARIO ANTE EL PROBLEMA NACIONAL . . . 88

II

JOSÉ MARIA ARENILLAS: EUSKADI, LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA 91

LA SITUACIÓN ACTUAL EN EUSKADI . . . 91

EL JUEGO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS . . . 94

EL MOVIMIENTO DE OCTUBRE COMO PROLOGO DE LOS ACONTECIMIENTOS DE JULIO 97

LAS JORNADAS DE JULIO EN EUSKADI . . . 99

EUSKADI AUTONOMA . . . 105

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL GOBIERNO DE EUSKADI . . . 110

LA POLÍTICA DEL GOBIERNO VASCO . . . 113

CONCLUSIONES . . .114

APUNTES METODOLÓGICOS SOBRE LOS NACIONALISMOS ACTUALES

(A propósito de los artículos de José Luis y José M. Arenillas sobre Euskadi)

En la crisis social y política que se abre en el Estado español durante el siglo XX, la cuestión de las nacionalidades ha jugado un papel de primer orden, como factor dinamizador que en todas las coyunturas favorables ha planteado la remodelación y consiguiente transformación de las estructuras del Estado. De un Estado centralista y despótico impuesto a principios del siglo XVIII con la entronización de la dinastía de los Borbones, tras una cruenta guerra de sucesión.

Pero el «caso español», por llamarlo de alguna manera, no es único. Ciertamente, las últimas décadas del siglo XX —sobre todo a partir del final de la Segunda Guerra Mundial— están siendo testigos de la expansión de un fenómeno que supera los límites geográficos del Estado español —e incluso de Europa— y que ha obligado a un nuevo replanteamiento teórico y metodológico de la cuestión nacional, de acuerdo con la complejidad con que se han ido manifestando los distintos movimientos nacionalistas.

Los nacionalismos, un concepto conscientemente ambiguo que utilizamos en su acepción progresista y libertadora,¹ representan en la actualidad un abanico de fenómenos tan diferentes que parece imposible establecer una caracterización única, válida para todos ellos. El carácter nacionalista de las guerras de liberación colonial que se producen desde el inicio de la «descolonización» europea —desde las guerras del Congo hasta las últimas guerras portuguesas, pasando por Argelia o Vietnam—, contrasta abiertamente con la reivindicación nacional planteada por escoceses y galeses en Gran Bretaña o por occitanos, corsos o bretones en Francia. Y parece evidente que hay una diferencia de origen y de carácter entre estos movimientos y los que vienen desencadenando vascos y catalanes desde hace más de un siglo.

Ante esta complejidad de fenómenos, no se pueden seguir aplicando los criterios metodológicos que relacionaban el surgimiento de la nación moderna a la fase de ascenso de la burguesía, ni se puede considerar ya la cuestión nacional como un «problema» pendiente de resolución de una supuesta revolución democrático-burguesa no realizada. En el mejor de los casos, este esquema parte de una visión eurocentrista de la historia— y en este sentido sólo cabría considerarlo válido para Europa— y, además, corresponde a una fase muy concreta del desarrollo económico y político del capitalismo.²

¹ Los términos «nacionalismo», «nacional», «nacionalista», etcétera, han sido usados históricamente tanto para designar movimientos políticos integristas y conservadores como los movimientos de liberación que surgen de nacionalidades sin Estado y persiguen la plena realización de su autogobierno. Es en este último sentido que nosotros utilizamos el término «nacionalismo» concepto que si bien puede englobar opciones políticas e ideológicas diferentes, tiene como objetivo la emancipación nacional y la consiguiente desmembración del Estado opresor.

² Este ha sido, quizás, uno de los puntos más débiles en que se ha fundamentado la teoría marxista de las nacionalidades. Desde Marx y Engels se ha considerado a la nación moderna como categoría histórica ligada al modo de producción capitalista, en su fase ascendente, hasta el extremo de que Stalin, cuando formulo su teoría sobre las nacionalidades, considero que la lucha de la burguesía por la construcción del mercado nacional fue el factor determinante de la construcción de los Estados-naciones. De esta manera la nación quedaba definida principalmente por una realidad económica como era el mercado nacional. Como han señalado Georges Haupt y Claudie Weill (*Marx y Engels frente al problema de las naciones*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978) Marx y Engels fueron siempre conscientes de que situar el origen de las ES modernas en la primera fase de desarrollo del

Los nacionalismos europeos

Ciertamente, Europa conoce hoy movimientos nacionalistas, reivindicaciones nacionales, que no se hallaban presentes cuando se formaron los modernos Estados «nacionales». La unificación de Italia y Alemania, las revoluciones de 1640 y 1789 en Gran Bretaña y Francia, sentaron las bases estructurales de un nuevo Estado burgués que, al mismo tiempo que barría los particularismos y privilegios feudales, creaba un nuevo sistema de relaciones centralizadas, cuya justificación teórica e ideológica se sustentaba en la soberanía nacional. La nación, que se identificaba con el bloque de clases impulsor de la lucha contra el antiguo régimen, se convertía así en una fuerza histórica de primer orden en el nuevo horizonte de las incipientes sociedades capitalistas. En la medida en que la lucha nacional coincidió con la lucha contra el feudalismo —una lucha que implicó a diversas clases sociales, dirigidas por la burguesía industrial y comercial—, la nación moderna se formó como producto directo de las revoluciones burguesas.³ Y por primera vez en la historia, en todos estos países europeos se producía una identificación plena entre el «Estado» y la «nación»

Sólo en aquellos países en que la formación de un Estado centralizado y fuerte precedió al desarrollo capitalista, la aparición del capitalismo provocó el surgimiento de importantes movimientos nacionalistas que cuestionaban el Estado unitario como instrumento de coerción utilizado por las clases hegemónicas de la nacionalidad opresora sobre las nacionalidades oprimidas. Los casos del Imperio ruso, del Imperio austro-húngaro y del Estado español son los más tópicos y conocidos.⁴ En este segundo caso, la lucha nacional se desarrolló paralelamente a la introducción del capitalismo y, en algunos casos, culminó tras profundas crisis generales del propio capitalismo: Rusia dejó de ser una «cárcel de pueblos» (al menos como lo había sido con el Imperio zarista) tras la revolución de 1917, y las pequeñas nacionalidades centro-europeas se reestructuraron definitivamente como naciones-estado como consecuencia de los resultados de la Primera Guerra Mundial. Únicamente las nacionalidades ibéricas vieron truncado su proceso de emancipación merced al golpe militar que desencadenó la guerra civil de 1936-39 durante el periodo revolucionario abierto en los años 30 del presente siglo.

De todos los movimientos nacionales que existen hoy día en Europa, los que se enmarcan en el Estado español, particularmente el vasco y el Catalán, quizá sean, junto al caso irlandés, los que poseen una mayor continuidad histórica, y también son los que enlazan de forma más clara la problemática histórica que plantearon los movimientos de liberación nacional en una etapa de expansión creciente del capitalismo, con los nuevos problemas surgidos de la internacionalización del capitalismo y al mismo tiempo de la crisis del imperialismo. Porque es evidente que la permanencia de un *pleito histórico*, como el que representan Catalunya y Euskadi, no puede explicarse sólo por unas razones de carácter histórico, sino que va íntimamente relacionado con la realidad viva y actual del presente y de toda su compleja problemática.

El presente muestra, efectivamente, movimientos nacionalistas en aquellos países que se habían situado en la vanguardia de las revoluciones burguesas, nuevos movimientos cuya tradición histórica es muy reciente y que plantean una remodelación en profundidad del mapa nacionalista europeo. ¿Cómo explicar el surgimiento de estos nuevos movimientos nacionales?

capitalismo era un planteamiento válido únicamente para Europa, sobre todo para las sociedades más desarrolladas. Por esta razón, contrariamente a Stalin y a muchos otros marxistas posteriores, jamás elaboraron una teoría de la nación de validez universal.

³ Emmanuel TERRAY: *La idea de nación y las transformaciones del capitalismo*, en STALIN: *El marxismo y la cuestión nacional* Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 151-173.

⁴ Andreu Nra: *El marxismo y los movimientos nacionalistas*, «Leviatan», nº 5, septiembre de 1934, pp. 39-47. El artículo ha sido publicado recientemente en A. NIN: *La cuestión nacional en el Estado español* Ed. Fontamara, Barcelona, 1979, pp. 4W3. La referencia, en las pp. 50-51

Tom Nairn, en un reciente estudio sobre los nacionalismos periféricos en Gran Bretaña, un fenómeno que aparece con importancia creciente a partir de la década de los años 60 del siglo XX, ha destacado como causa desencadenante de los nuevos nacionalismos la crisis sufrida por el imperialismo británico después de la Segunda Guerra Mundial, con la consiguiente crisis sufrida por el Estado británico, un Estado definido como anacrónico y arcaico en la medida en que surgió como una forma transitoria entre el Estado absoluto y el constitucionalismo moderno, pero sin llegar a constituirse como Estado constitucional. Un Estado que, por otra parte, solo tenía razón de ser en función del magno imperio que articulaba. Perdido el Imperio, la lenta crisis del Estado desencadenó la aparición de unos neonacionalismos que buscan sus fundamentos ideológicos más que en características étnico-lingüísticas, en el desarrollo desigual que el capitalismo impuso en las Islas Británicas durante los siglos XIX y XX.⁵

El esquema teórico-metodológico utilizado por Nairn no posee, parece evidente, validez universal para explicar los nuevos nacionalismos emergentes en Europa en la situación actual del capitalismo. Y aun algunos aspectos de su argumentación —como la subvaloración de las características étnico-lingüísticas en la configuración de los nacionalismos— son, cuanto menos, discutibles. En efecto, muchos han sido los autores que, retomando la tradición teórica de Otto Bauer y de la escuela austro-marxista han subrayado de nuevo la importancia de la componente étnico-lingüística, y por consiguiente cultural, para explicar las causas, el desarrollo y los objetivos de los nacionalismos, en este caso, de los nuevos y de los viejos nacionalismos.

Yves Person, en la introducción a un compendio de estudios sobre las minorías nacionales en Francia,⁶ puso de relieve que para Marx la lengua no era, ni mucho menos, un elemento secundario, ni la simple expresión de la conciencia, sino que era la conciencia misma. En la misma medida en que la lengua no forma parte de los aspectos materiales de la cultura, y por tanto es una realidad externa a la superestructura, para Marx la lengua —como la ciencia— se hallaría en relación dialéctica directa con las fuerzas productivas.⁷ Así, la lengua, concepto y realidad vertebrador de la cultura, será un elemento básico en la configuración de la nacionalidad y de los nacionalismos que en ella se fundamentan.⁸

⁵ Tom NAIRN: *The Break-Up of Britain*. Ed. NLB, Londres, 1977. Existe reciente traducción castellana en Península, Barcelona, 1979, bajo el título *Los nuevos nacionalismos en Europa. La desintegración de la Gran Bretaña*. Todas las citas se referirán a esta última edición. Nairn expone su tesis sobre la crisis del Imperio británico y sus relaciones con el surgimiento de los neonacionalismos en el artículo *El ocaso del Estado británico*, pp. 13-80

⁶ Se trata de la Presentación a *Minorités nationales en France*, «Les Temps Modernes», nº 324-326, agosto-septiembre de 1973.

⁷ En *La ideología alemana*, obra escrita por Marx y Engels entre la primavera de 1845 y el otoño de 1846, los autores escriben: «El lenguaje es tan antiguo como la conciencia, el lenguaje es la conciencia real, practica, existente también para otros hombres, existente, pues, entonces también solo para mí mismo; y, como la conciencia, el lenguaje solo aparece con la necesidad de relación con otros hombres», pp. 31-32 de la edición catalana publicada por Edicions 62, Barcelona, 1969. Una década más tarde, entre 1857 y 1858, Marx escribió los *Grundrisse*, donde publicó sobre la lengua: «En relación con el individuo, es p. ej. claro que el mismo se comporta con respecto a la lengua como con su propia lengua sólo en cuanto miembro natural de una comunidad humana. La lengua como producto de un individuo es un absurdo. (...) La lengua misma es tanto el producto de una entidad comunitaria, como desde otro punto de vista, es ella misma la existencia de la entidad comunitaria y la existencia de esa comunidad en cuanto ella misma hablante», *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador)*, 1857-1858. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1976, vol. I, pp. 450-451

⁸ Yves PERSON: *Présentation*, en *Minorités nationales...*, citado

Otto Bauer había destacado como elemento de definición de la nación la existencia de una comunidad de carácter, de una conciencia nacional, vinculada a las condiciones concretas de la vida social, en la medida en que Bauer interpretaba la conciencia nacional como la condensación de toda la historia de la nación, la historia de los antepasados, las condiciones de su lucha por la existencia, las fuerzas de producción, etc.⁹

La concepción de Bauer, rechazada duramente en su día por Stalin y considerada como idealista, ha sido nuevamente recuperada como elemento metodológico clave en la definición y estudio de las realidades nacionales. Samir Amin ha escrito que la «nación» supone la «etnia» y que esta «supone una comunidad lingüística y cultural y una homogeneidad del territorio geográfico y, sobre todo, la conciencia de esta homogeneidad cultural».¹⁰ A otro nivel, Emmanuelle Terray hace una propuesta en el sentido de reintroducir en la definición de nación «la distinción de los factores objetivos y de los factores subjetivos» y «caracterizar de forma dialéctica la interacción de estos factores».¹¹ Así, afirma que «la reunión de un determinado número de particularidades objetivas —en el plano de la lengua, la cultura, las instituciones— sólo engendra lo que podríamos llamar instinto nacional, un vago sentimiento de copertenencia al mismo conjunto. Para que este sentimiento se convierta en conciencia nacional, es necesario que el grupo como tal emprenda luchas donde se forjen a la vez su unidad y su identidad».¹² El análisis histórico de la pervivencia de una conciencia idiomática, tanto en el terreno escrito como en el hablado, y de los elementos que configuran la conciencia psicológica de pertenecer a un determinado núcleo nacional arrojaría, siguiendo las propuestas metodológicas de Termes,¹³ mucha luz para el estudio de la formación de los movimientos nacionales. No en vano la mayoría de los nacionalismos han iniciado así siempre sus reivindicaciones partiendo del hecho diferencial de la lengua. Si este hecho está claro para muchos nacionalismos históricos, no menos evidente aparece para los nuevos nacionalismos, muchos de los cuales —como es el caso occitano, bretón o Catalán en Francia— se han visto obligados a desencadenar una intensa campaña de culturalización para recuperar, como vehículo de comunicación y de cultura, la propia lengua de la nacionalidad, que había sido desplazada progresivamente por el idioma oficial del Estado.

Pero queda aún por determinar la causa desencadenante de los nuevos nacionalismos europeos, las razones históricas que han motivado que los nuevos nacionalismos aparecieran precisamente en esta coyuntura histórica y no en otras. En el caso británico las razones de Nairn aparecían suficientemente claras y convincentes. Uno de los elementos de su argumentación parece válido también para el resto de casos: se trata de la existencia de un desarrollo económico-social desigual, que a excepción de los casos vasco y Catalán, perjudica siempre la periferia de donde parten los nacionalismos. Pero existe también una razón más genérica que surge de la naturaleza misma de las relaciones sociales y culturales impuestas por el capitalismo en su actual fase de desarrollo: la masificación de la civilización actual en un momento en que se está produciendo la superación de los

⁹ Otto BAUER: *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, su obra más importante, fue publicada en alemán en 1907. La primera traducción íntegra de esta obra en castellano ha sido realizada por Siglo XXI, México, 1979. Sobre el sentido que Bauer da al carácter nacional, ver Máxime Rodinson: *Sobre la cuestión nacional*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1975, en el artículo *El marxismo y la nación*, p. 25.

¹⁰ Samir AMIN: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. E. Fontanella, Barcelona, 1977, p. 25. Del mismo autor puede consultarse también *Clases y naciones en el materialismo histórico. Un estudio sistemático sobre el papel de las naciones y las clases en el desarrollo desigual de las sociedades*. Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 1979.

¹¹ Emmanuelle TERRAY: *La idea de nación y las transformaciones...*, p. 155.

¹² *Ibid*, pp. 155-156

¹³ Josep TERMES: *El nacionalisme català. Problemes d'interpretació*, en *Colloqui d'historiadors*. Barcelona, 3-4 de maig 1974. Ed. CEHI-Fundació Bofill, Barcelona, 1974, pp. 4647.

estados bajo el capitalismo monopolistas de Estado, solo podía provocar la reanimación de los movimientos de emancipación nacional, el despertar de nacionalidades sometidas por los propios estados cuya independencia se pone cada vez más en entredicho. El objetivo de los nuevos nacionalismos no sería otro que el de evitar su propia destrucción y la despersonalización que se está operando. Se trataría, en suma, de un fenómeno de supervivencia que empuja a las nacionalidades en vías de extinción a la autoafirmación de su existencia, como una necesidad inevitable de su propio desarrollo.¹⁴

En este contexto Yves Person, refiriéndose al caso francés, ha señalado la lógica del despertar, después de mayo de 1968, de las nacionalidades que ya se creían muertas y desaparecidas, y ha remarcado también que este resurgimiento sólo podía manifestarse como un fenómeno revolucionario en la medida en que se enfrenta desde el primer momento con el orden político establecido.¹⁵

¹⁴ Yves PERSON: *Présentation, a Minorités nationales...* El sociólogo marxista griego Nicos Poulantzas había escrito respecto al resurgimiento de los nacionalismos europeos que ellos eran la demostración de que «la internacionalización del capital conduce más a una fragmentación del Estado tal como está constituido históricamente que a un Estado supranacional», en *L'Internationalisation des rapports capitalistes et l'état-nation*, «Les temps modernes», n.º 319, febrero 1973, pp. 1492-1493.

¹⁵ *Présentation*, citada.

Los nacionalismos no europeos

Si nos apartamos del caso europeo, los fenómenos nacionalistas crecen en heterogeneidad. Después de la Segunda Guerra Mundial la lucha anticolonialista cobró nuevos bríos, pero tanto su resultado final como sus características han tornado una naturaleza diferente, de acuerdo con las condiciones específicas en que se desarrollaba en cada país, condiciones que en buena medida dependían del tipo de dependencia existente entre la colonia y el país colonizador.

En este sentido, el sociólogo argentino Sebreli ha establecido tres características diferentes de pueblos según el grado de dependencia en que se hallaban.¹⁶ Los países colonizados, países sin independencia y cuyo gobierno se hallaba en manos de una potencia extranjera, desencadenaron una guerra que en muchas ocasiones arrancaba de principios del siglo, para constituir su propio Estado y conseguir la plena soberanía jurídica. El proceso de descolonización, iniciado vergonzantemente desde las Naciones Unidas, favoreció enormemente la progresiva desaparición de la dependencia formal de tipo colonialista, que se había generalizado por Asia y África a lo largo del siglo XIX. El colonialismo clásico, existente en América en la etapa de acumulación de capital que precedió los orígenes del capitalismo industrial, había entrado en crisis ya a finales del siglo XVIII. Después de las últimas descolonizaciones importantes, que tuvieron lugar en las antiguas colonias portuguesas de África, en 1974, el fenómeno colonial ha pasado a ser un fenómeno eminentemente residual.

Pero la descolonización dio paso en numerosas ocasiones, y sobre todo en África, a la existencia de países semicoloniales, países que formalmente conservaron su independencia política, pero que en la realidad dependían de la política extranjera y no poseían un poder real de decisión. Ni que decir tiene que su dependencia económica era total. Muchos países Africanos, tras su independencia formal, sufrieron este tipo de dependencia y no fueron pocos los que conocieron convulsiones profundas o la continuidad de la lucha anticolonialista.¹⁷

Finalmente, en su tipología, Sebreli habla de los países dependientes, países políticamente independientes, pero que a través de préstamos, de inversiones de capital o por el control del comercio exterior están subordinados económicamente a una o a varias potencias imperialistas. En esta situación se hallaron la mayoría de países de Asia, África y América tras la descolonización. Y en todos ellos la lucha nacional, la lucha por la auténtica autodeterminación nacional ha quedado superada o superpuesta por la problemática social. Como ha destacado Pierre Vilar, en relación a las luchas nacionales de América Latina, tanto los movimientos de emancipación nacional como las tomas de conciencia popular a lo largo del siglo XX se producen sobre todo en el aspecto social, de tal manera que los movimientos de emancipación nacional plantean sus objetivos en el doble aspecto social y nacional.¹⁸

Vilar, como para Sebreli, ello es fruto del tipo de dependencia existente en América Latina durante el siglo XX, un tipo de dependencia que se sitúa más en el terreno económico que en el político.

Las luchas coloniales y las luchas contra la nueva dependencia neocolonial que se vienen desarrollando tras la Segunda Guerra Mundial en Asia, África y América Latina, se han producido con caracteres sumamente complejos, e incluso a veces contradictorias. Pero en todos los casos la lucha anticolonial ha adoptado la forma de lucha armada, ha arrastrado tras sí a numerosos sectores

¹⁶ SEBRELI: *Tercer Mundo, mito burgués*. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1975, pp. 22-23.

¹⁷ Ver los capítulos dedicados a la emancipación de los territorios colonizados en la obra de Pierre BERTAUX: *África. Desde la prehistoria hasta los Estados actuales*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1971.

¹⁸ Pierre VILAR: *Movimientos nacionales de Independencia y clases populares en América Latina, en Independencia y revolución en América Latina*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1976, pp. 542.

populares de la población y en la mayoría de los casos ha ido acompañada de una reivindicación de la propia cultura y de la propia historia.

Sobre el primer punto, Amílcar Cabral, teórico de la revolución Africana y líder guineano asesinado en enero de 1973 por agentes del gobierno portugués, afirmó tajantemente que para responder a la violencia criminal de los agentes del imperialismo y para conseguir la autentica liberación nacional, era imprescindible el uso de la violencia libertadora por parte de las fuerzas nacionalistas.¹⁹

Desde la revolución china de 1949 hasta la revolución nicaragüense, victoriosa en 1979, los países colonizados han precisado la lucha armada para romper el yugo de su dependencia. Ningún imperialismo —fuera el francos, el ingles o el norteamericano— cedió voluntariamente en su afán devastador del país sojuzgado, si no fue a través de derrotas que, en la mayoría de los casos, se produjeron en el terreno militar.

Pero, al mismo tiempo, la liberación nacional de los países colonizados, supuso necesariamente la incorporación a la lucha anticolonial de sectores populares muy numerosos. El protagonismo de las masas populares en la lucha de emancipación nacional se presenta y se explica a través del vinculo existente entre las reivindicaciones nacionales y las propiamente sociales. La revolución cubana triunfo en 1959 merced a la confluencia de objetivos entre obreros y campesinos contra el régimen de Batista impuesto por los USA, y en la lucha participaron indios, mestizos y negros.²⁰

Amílcar Cabral ha puesto de relieve que la lucha anticolonial en África sólo ha sido asumida consecuentemente por los sectores populares, tanto en la primera fase de oposición a la ocupación extranjera, como en la fase definitiva de lucha para liquidar la dominación colonial. En los países de dependencia neocolonial la existencia de una estructura social sumamente jerarquizada empujó a la burguesía nacional a identificarse plenamente con los intereses del imperialismo, mientras en el centro de la pirámide social sectores importantes de la pequeña burguesía han fluctuado entre una progresiva desnacionalización y una búsqueda de su propia identidad que, en muchas ocasiones, les empujó a aliarse con los sectores populares.²¹ Así, la lucha nacional precisa de alianzas para la realización de sus objetivos y se presenta con un marcado carácter interclasista.

Que la lucha nacional, con todos sus componentes más puros, se ha planteado con toda su crudeza en los movimientos anticoloniales, parece una realidad fuera de toda duda, hasta el extremo que el concepto de «Patria» se ha convertido en un concepto revolucionario de primer orden. El *slogan* revolucionario «Patria o Muerte», popularizado por la revolución cubana, sitúa en sus justos términos el objetivo más importante de las revoluciones anticoloniales en América, Asia o África. Ser patriota en estos continentes representa ser revolucionario, antiimperialista y luchar al mismo tiempo contra la explotación social y nacional.²²

La redefinición de este patriotismo, en esta vertiente necesariamente progresista y libertadora, surge de la existencia de una conciencia nacional que no sólo se explica a través de factores más o menos objetivos, sino que busca su afirmación en particularidades culturales y en la propia historia. En América Latina las luchas de liberación contra el colonialismo español representan referencias históricas importantes en las actuales luchas. La historia —y en muchos casos incluso la historia del periodo precolombino, con todo su legado cultural— es asumida como peculiaridad nacional y signo de diferenciación

¹⁹ Amílcar CABRAL: *Unité et lutte*, vol. I: *L'arme de la théorie*, Ed. Francois Maspero, Paris, 1975.

Consultar el artículo *Fondaments et objectifs de la libération nationale et structure sociale*, p. 300.

²⁰ Pierre VILAR: *Movimientos nacionales de Independencia...*, pp. 5-42

²¹ Amílcar CABRAL: *Units et lutte*, vol. I: *L'arme de la thedrie*, en el artículo *Le rôle de la culture dans la lutte pour l'indépendance*, pp. 348-50

²² Son interesantes las consideraciones al respecto de Eli Lobel en la presentación al dossier sobre *Le Domaine Nacional*, publicado en «Partisans», n.º 59-60, mayo-agosto 1971, pp. 24.

En África, continente por excelencia de los mal llamados «pueblos sin historia», la reivindicación de la propia cultura y de la propia historia no son tampoco factores ajenos a la lucha nacional. Cabral rechaza como universalmente válida la teoría de la lucha de clases como motor de la historia, puesto que ello comportaría «considerar que muchos grupos humanos de África, Asia y América vivían sin historia, o fuera de la historia, en el momento en que fueron sometidos al yugo del imperialismo».²³

Para Nyerere, presidente tanzano y dirigente de la Unión Nacional Tanzano-Africana (TANU), el futuro de África debe afirmarse en su propio Africanismo y debe configurarse a partir de muchos elementos útiles del pasado.²⁴ El presidente Kaunda, de Zambia, no duda en reivindicar la comunidad tradicional Africana por sus características de solidaridad que la definían.²⁵ Desde esta perspectiva, si «el fundamento de la liberación nacional (...) reside en el derecho inalienable de cada pueblo a poseer su propia historia»,²⁶ lo que supone una reivindicación de futuro, la recuperación del pasado se convierte en uno de los argumentos más importantes en la configuración teórica e ideológica de la lucha anticolonial.

Y reivindicar el pasado conlleva, necesariamente, la reivindicación de la propia cultura nacional. Es de nuevo Amílcar Cabral quien sitúa las aspiraciones del «regreso a las fuentes», que siente la pequeña burguesía autóctona como necesidad para descubrir su identidad, en la base de gestación de los movimientos independentistas.²⁷ vindicación cultural jugara un papel importantísimo no sólo en la base argumental del movimiento, sino en el propio desarrollo y en los objetivos de la lucha. Si «la practica de la dominación imperialista exige, como factor de seguridad, la opresión cultural y la tentativa de liquidación, directa o indirecta, de los datos esenciales de la cultura del pueblo dominado»,²⁸ la lucha antiimperialista necesita retomar las rutas ascendentes de su propia cultura, puesto que es en el conocimiento de la realidad cultural, «que se fundan la elección, la estructuración y el desarrollo de los métodos más adecuados para la lucha».²⁹ Así, «la lucha de liberación es, ante todo, un *acto de cultura*».³⁰

La cultura, como «síntesis dinámica, en el nivel de la conciencia del individuo o de la colectividad, de la realidad histórica, material y espiritual de una sociedad o grupo humano, de las relaciones existentes tanto entre el hombre y la naturaleza como entre los hombres y entre las categorías sociales»,³¹ desempeña, pues, en numerosos países Africanos o asiáticos un papel dinamizador de primer orden que se halla en la base de configuración de numerosas revoluciones y de numerosos Estados nuevos.

Recientemente, el mundo occidental ha contemplado con sorpresa y estupor como la revolución iraní reaccionaba contra la occidentalización de la vida y de las costumbres iraníes, introducidos por el imperialismo bajo el régimen despótico del sha, adoptando de nuevo, con ciego fanatismo religioso, los imperativos y preceptos del código moral islámico. Nadie, o casi nadie, ha valorado desde su justa perspectiva histórica este hecho. En la medida en que la revolución iraní puede considerarse el resultado de un amplio movimiento de masas contra una situación de despotismo neo-colonial, la revalorización de la religión islámica en todos los aspectos de la vida cotidiana, pública y privada del Irán, representa un acto de afirmación nacional y de recuperación cultural. Sin

²³ Amílcar CABRAL: *Unité et lutte...*, en el artículo *Fondaments et objectifs...*, p. 288.

²⁴C. L. R. JAMES: *La société" contemporaine et les Noirs*, en *Le Domaine National* (I), «Partisans», n° 59-60, mayo-agosto, 1971, pp. 90-110. La referencia a Nyérere en p. 100.

²⁵ *Ibid.*, p. 101.

²⁶ Amílcar CABRAL: *Uniti et lutte...*, en el artículo *Fondaments et objectifs...*, p. 296.

²⁷ Amílcar CABRAL: *Ibid.*, en el artículo *Le rôle de la culture...*, pp. 341-344.

²⁸ Amílcar CABRAL: *Ibid.*, *ibid.*, p. 339.

²⁹ Amílcar CABRAL: *Ibid.*, *ibid.*, p. 352.

³⁰ Amílcar CABRAL: *Ibid.*, *ibid.*, p. 351.

³¹ Amílcar CABRAL: *Ibid.*, *ibid.*, p. 351.

enjuiciar los efectos de la reintroducción de las leyes coránicas, ello es una realidad fuera de toda duda. Los iraníes hoy quieren construir su propio futuro configurándolo con los elementos esenciales de su pasado más remoto, y como reacción de rechazo a los efectos aniquiladores del imperialismo, en su vertiente cultural.³²

Los procesos de liberación nacional no se producen de una manera simple y lineal. Como hemos dicho antes, su complejidad y sus implicaciones pueden conllevar resultados contradictorios. El caso iraní —pero no solo el caso iraní— puede convertirse en un ejemplo. Es evidente que en algunos casos la lucha de liberación nacional responde a intereses de clases claros y directos, en la medida en que se producen en sociedades con estructura de clases definida, pero en otras muchas sociedades de Asia o de África, la organización de la sociedad se fundamenta en base a criterios étnicos, tribales o religiosos, que sólo la introducción del capitalismo ha tendido a disolver. Es por todo ello que la lucha de liberación nacional puede conducir a resultados difíciles de valorar e interpretar. ¿Cuántas nuevas tiranías no han surgido de una justa lucha de liberación nacional?

No pretendemos en estas paginas tratar sobre la totalidad de fenómenos que en el mundo contemporáneo de hoy pueden llegarse a definir como movimientos de liberación nacional. Pero no podemos terminar este apartado sin plantear los rasgos generales de nuevas realidades que aparecen con una potente carga de conflictividad social, sobre todo en los Estados Unidos. Nos referimos a la existencia de importantes minorías étnico-sociales, surgidas como consecuencia de fenómenos migratorios, que se hallan en una tiara marginación económica y social. Y no nos referimos únicamente a los negros, cuya integración en la sociedad norteamericana esta aun lejos de producirse. La inmigración mexicana ha originado la formación de una minoría étnico-cultural, los chicanos, cuyos problemas para su integración no sólo se derivan del rechazo de que son objeto por parte de la sociedad americana, sino de la propia idiosincrasia que conservan en el seno de su propio grupo. Las luchas de ambas minorías (sin mencionar las de los indios) contra la discriminación social y la explotación económica, se han planteado, ciertamente, en un terreno jurídico-institucional y social, pero ya han surgido de entre los negros tendencias que ante la inflexibilidad del racismo blanco han replanteado su lucha en términos de autodeterminación racial, reivindicando el derecho a constituir sus propias instituciones sociales y a organizar su propia vida, al margen de los explotadores blancos.³³

Quedaría finalmente mencionar la existencia de pleitos nacionales —si bien no podemos hablar de movimientos de liberación nacional en toda la amplitud del termino— en los países del mundo socialista. Desde la perspectiva histórica actual es una realidad indiscutible que la Unión Soviética, a pesar de la igualdad jurídica que la Constitución concede a las diversas Republicas socialistas, sigue albergando en su seno nacionalidades y minorías nacionales que ven limitadas sus posibilidades plenas para desarrollarse autónomamente, desde todos los campos de su actividad social. La «unión libre de pueblos libres» que en sus inicios fue la URSS, fue convirtiéndose, paralelamente a la burocratización que sufrió el Estado soviético, en una unión forzada y mantenida por los mecanismos de coerción del Estado.³⁴ China, que hoy se define como un «Estado multinacional unitario» y que

³² Máxime Rodinson ha escrito que «el Islam es una ideología que sacraliza su miseria, su modo de vida, en oposición con la riqueza, los modos de vida importados, la extrañeidad De ahí su papel evidente (...) de factor de identificación «nacionalitario».

RODIMSON: *Sobre la cuestión nacional*, en el artículo *¿Dinámica interna o dinámica global? El ejemplo de los países musulmanes*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1975, p. 89.

³³ *Textos sobre el poder negro*. Ediciones Halcon, Madrid, 1968. Ver, en especial, los textos de Malcom X y de Stokely Carmichael

³⁴ Hélène Carrère d'Encausse se ha referido a los problemas nacionales surgidos en la URSS tras la revolución de 1917 en *Comunismo y Nacionalismo*, artículo incluido en el libro colectivo *Comunistas y/o nacionalistas*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1977. Consúltense sobre todo las páginas 25-46. Sobre

tiene establecidas zonas de autonomía regional, deja bien claro en su Constitución que estas zonas representan «partes inseparables de la República Popular China».³⁵ La autodeterminación de las nacionalidades, en ambos casos, viene condicionada por la rigidez absorbente del Estado, a cuyo mantenimiento y conservación se deben todas las nacionalidades que se hallan en su seno.

hechos recientes que hagan referencia a movimientos nacionalistas actuales en la URSS, la información existente es muy reducida. Entre otros materiales de información puede consultarse el «Bulletin d'Información du Comité de Vigilance pour les droits du peuple Armenien» (Paris), junio 1979.

³⁵ Artículo 4 de la Constitución de la República Popular China, aprobada el 17 de enero de 1975 en la I sesión de la IV Asamblea Popular Nacional de la República Popular China, en *Documentos de la I Sesión de la IV Asamblea Popular Nacional de la República Popular China*. Ediciones de Lenguas Extranjeras. Pekín. 1975.

Los movimientos de emancipación nacional en la península ibérica

Este repaso general de los movimientos de emancipación nacional que se producen en el mundo contemporáneo, sin ser exhaustivo ni profundo, nos sirve para enmarcar la problemática de las realidades nacionales existentes en la Península Ibérica y de los movimientos por ellas generados, desde el momento en que ambos participan de los diversos caracteres apuntados hasta aquí: como trataremos de mostrar, la realidad multinacional ibérica ofrece movimientos de «larga duración» en aquellas nacionalidades consideradas como históricas; junto a fenómenos nuevos, derivados de la actual crisis del imperialismo y del Estado, y otros no exentos de una importante dosis de tercermundismo.

Es evidente que al hablar de nacionalidades históricas nos referimos, sobre todo, a Catalunya y Euskadi. Catalunya perdió su capacidad de autogobierno al entronizarse en España el modelo francos de monarquía absoluta, a principios del siglo XVIII; Euskadi vio desnaturalizados sus Fueros en 1839, tras el Convenio de Vergara que concluyó la Primera guerra carlista, y en octubre de 1841 Espartero decretaba el fin de la soberanía vasca.³⁶ En ambos casos los movimientos nacionalistas aparecieron como proyectos políticos a lo largo del siglo XIX y también en ambos casos la II República les permitió recuperar parte de la autonomía perdida. Los actuales movimientos de emancipación nacional que se desarrollan en los dos países más industrializados de la Península, en Catalunya y en Euskadi, con todo y las enormes diferencias que los ha distinguido a lo largo de la historia y que les distingue aun hoy, han de ser comprendidos desde una perspectiva histórica que asume un pasado de autogobierno y unas características culturales y lingüísticas diferenciadas.

Galiza entro tarde en la problemática histórica de los nacionalismo europeos. Sin haber poseído jamás instituciones de autogobierno, los gallegos, cuya impronta celta de sus orígenes parece indiscutible aun hoy, disponen de una lengua autóctona y de una rica tradición artística, cultural y religiosa. Pero disponen también de un subdesarrollo secular que desde el siglo XVIII les aboco a una continuada inmigración. Sin duda, ambos factores fueron determinantes en el surgimiento del nacionalismo gallego. El galleguismo —proyección política de una conciencia nacional gallega claramente definida— surgió como respuesta al subdesarrollo, de la mano de núcleos intelectuales de origen pequeño-burgués. Si bien es cierto que ya en el siglo XIX aparecieron claras muestras de un «pre-nacionalismo» político, vinculado al Renacimiento cultural que se estaba operando, no es hasta 1916, con la creación de las Irmandades da Fala, cuando el galleguismo apareció ya plenamente formado como movimiento político. Pero no será hasta los años de la II República que adquiera una proyección de masas importante. Los resultados del plebiscito autonómico, celebrado el 28 de junio de 1936, son inapelables al respecto. Casi un millón de gallegos —de un censo electoral de 1.343.135— votaron favorablemente el Estatuto de Autonomía de Galiza que había elaborado una Asamblea de Ayuntamientos en Santiago de Compostela en diciembre de 1932.

En Catalunya, Euskadi y en menos medida en Galiza es donde se ubican, sin ningún tipo de dudas, los nacionalismos que entroncan con la permanencia de una problemática histórica de liberación nacional. Aunque es evidente que se ha modificado profundamente la naturaleza de los respectivos movimientos nacionalistas, que intentan dar respuestas a la crisis institucional creada con la muerte de Franco, no es menos cierto que como realidad histórica que son hay que vincularlos, para comprenderlos, a una dinámica de luchas que arranca del siglo pasado.

La eclosión de los nacionalismos actuales abarca, sin embargo, una realidad más compleja: el País Valencia y las Illes Balears, Aragón, Andalucía y las Islas Canarias han saltado con inusitada fuerza

³⁶ La ley de 25 de octubre de 1839 acordó numerosas modificaciones de los Fueros, la más importante de las cuales fue la que estableció la unidad constitucional sobre los Fueros. Ver ORTZI (Francisco LETAMENDIA): *Historia de Euskadi: El nacionalismo vasco y ETA* Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1975, pp. 82-83.

a la palestra de la «problemática nacional». Ciertamente, en todos los casos, también durante los años de la II República se desarrolló cierta reivindicación nacional, pero nunca con la intensidad de los casos precedentes. En el País Valencia y en las Illes Balears —que junto al Principado de Catalunya y la Catalunya Noro del actual Estado francés constituyen el proyecto político hoy denominado Països Catalans— la cuestión nacional se reflejó en movimientos bastante débiles y con escasa influencia. Sólo en el País Valencia, a partir del mes de febrero de 1936 —con la propaganda electoral del Frente Popular— se desarrolló una campaña bastante intensa a favor de un Estatuto de Autonomía. En Aragón, Andalucía e Islas Canarias el subdesarrollo económico posibilitó el surgimiento de proyectos políticos autonómicos, ligados a los intereses de una incipiente burguesía autóctona. En Aragón el movimiento autonomista culminó en la elaboración del llamado Estatuto de Caspe, aprobado por la Asamblea celebrada en esta ciudad a principios de mayo de 1936. En Andalucía, el impulso de una intensa campaña autonomista encabezada por la Junta de Liberación de Andalucía que presidía Blas Infante cuajó en la elaboración de un Anteproyecto de Bases para el Estatuto de Andalucía, en abril de 1936. Y en Canarias, asimismo, en julio de 1936 parecía tomar cuerpo la confección de un Proyecto de Estatuto Regional defendido por los republicanos federales.

Es cierto que en la mayoría de casos los actuales movimientos nacionalistas han pretendido buscar su legitimación histórica recurriendo a estos reflejos del pasado que hubieran podido ser el precedente de movimientos más intensos, de no mediar el levantamiento militar de julio de 1936, la guerra civil y la represión subsiguiente a que sometió el franquismo cualquier reivindicación nacional. Pero lo cierto es que hay que explicar el surgimiento de estos movimientos a través de otros factores.

En todos los casos la explicación genérica de Nairn, de la existencia de un desarrollo económico-social desigual, sigue siendo cierta. Pero en el caso concreto de la realidad peninsular que surgió políticamente de la guerra civil de 1936-39 hay que tener en cuenta el enorme peso, la omnipresencia de un Estado centralista y absorbente que congregó todas sus funciones políticas y administrativas y todas sus decisiones en un aparato burocrático cerrado, con capitalidad en el mismo centro geográfico donde se ubicaba el núcleo neurálgico del propio Estado. Sin resquicios para ninguna delegación de poder que supusiese la pérdida de alguna función de gobierno, el Estado franquista reprodujo, agravándola, la estructura de poder de los tiempos de la Restauración, y se justificó ideológicamente a sí mismo recurriendo a las supuestas esencias patrias de la España Imperial, y al ultranacionalismo conservador que habría enfrentado históricamente la hegemonía de la Meseta —económicamente pobre, pero reserva espiritual de tradiciones y políticamente dominante— a una periferia sometida a las influencias culturales del extranjero, económicamente floreciente, pero siempre dominada políticamente. El resultado, en cualquier caso, y al margen de justificaciones ideológicas pseudohistóricas, fue la creación de un Estado opresor no sólo para la periferia, sino incluso para los pueblos castellanos.

El modelo de la estructura política del Estado franquista no fue, ciertamente, una excepción a lo largo de la historia contemporánea. Las excepciones históricas han sido, precisamente, los momentos en que se ha pretendido modificar la estructura de este Estado —sobre todo durante las dos experiencias republicanas—, pero ello no cuestiona el hecho de que la actual respuesta popular contra el sistema centralista del Estado, cabe explicarla en la mayoría de los casos en un marco más general en el que confluyen toda una serie de factores económicos —el ya mencionado desarrollo desigual— y políticos, pero también culturales, que definen formas de comportamiento colectivo de las masas populares de la periferia. No es por casualidad que la mayoría de corrientes político-sociales que a lo largo de los siglos XIX y XX han planteado una estrategia de organización del Estado, que representaba la negación del absolutismo estatal, se hayan desarrollado y hayan arraigado precisamente entre las masas populares de la periferia peninsular: el carlismo, el federalismo y, desde otra perspectiva, el anarco-sindicalismo son ejemplos innegables de lo que decimos, movimientos y corrientes que desde su propia perspectiva ideológico-política se desarrollaron como formas de resistencia popular contra el Estado.

No es de extrañar, pues, que tras la muerte de Franco la crisis del franquismo despertara fervores nacionalistas. En el País Valencia y en las Illes Balears —que como Catalunya habían poseído instituciones de autogobierno hasta principios del siglo XVIII— existía, además, el hecho diferencial de la lengua. El despertar autonomista de Aragón pasa, en buena parte, por la formación de una conciencia del subdesarrollo. Lo mismo sucede —pero más agravado aun por un latifundismo generalizado y por la considerable sangría humana de la inmigración— en Andalucía. Mientras en Canarias no ha sido difícil acusar al Estado español de mantener relaciones de dependencia cuasi colonial, por haber vertebrado su principal actividad económica a través de un turismo controlado desde la Península, mientras en las Islas seguía imperando la más absoluta miseria, fruto de una situación de subdesarrollo. Y nos quedamos cortos, puesto que desde 1975 el rechazo anticentralista se ha manifestado en multitud de movimientos autonómicos y reivindicaciones nacionalistas que han alcanzado regiones como Cantabria, la Rioja, la propia Castilla, etc.

Esta situación plantea, sin duda, una serie de problemas metodológicos complejos. En primer lugar, si bien es evidente que de la «conciencia de subdesarrollo» ha surgido una «conciencia nacional», es menos claro que en todos los casos el subdesarrollo se deba a una opresión nacional ejercida por parte del Estado de una nacionalidad contra otras nacionalidades sin Estado. La aplicación de este modelo metodológico olvidaría el mecanismo de funcionamiento inherente al propio desarrollo del capitalismo, y más concretamente olvidaría el desarrollo del capitalismo español bajo el franquismo. Efectivamente, el capitalismo —que es el único modo de producción que en la historia ha conseguido la más completa internacionalización— basa sus mecanismos de reproducción en la generación de beneficios, en el mantenimiento y el acrecentamiento de una tasa de beneficios suficiente que le permita desarrollarse a través de la reproducción del capital, sin que le importe para nada el origen nacional de estos beneficios. En el Estado español, el franquismo, que tuvo la «virtud» de incorporar al capitalismo español en la órbita del capitalismo monopolista de Estado —aunque fuera en una situación de subordinación—, permitid un desarrollo capitalista que, en aras al objetivo central que explica la propia esencia del capitalismo, solo podía producirse de una manera fácil y rápida, destruyendo desarrollos autóctonos e incrementando los eufemísticamente llamados «desequilibrios regionales». Desequilibrios que, por otra parte, han generado un tipo de relaciones consideradas en más de una ocasión como coloniales. La existencia de zonas importantes de subdesarrollo no debe explicarse, pues, como producto de ninguna opresión nacional, sino como el resultado de la implantación en el Estado español del capitalismo monopolista de Estado.

Pero las cosas tampoco son tan simples. El hecho cierto es que una situación de subdesarrollo puede provocar la aparición de movimientos de emancipación nacional y reivindicaciones nacionales que superan muy pronto la simple reivindicación económico-social y que se plantean en el marco nacionalista de un proyecto autonómico global. de tal manera que la reivindicación de futuro presupone otra reivindicación que pasa por la aceptación de la existencia de una realidad nacional, de una nacionalidad. Ello implica, necesariamente, otra consideración de índole teórico-metodológica: ¿Cómo y cuándo cabe hablar de la existencia de una nación?

El tema nuevamente es complejo. Desde las consideraciones generales que hicieron Marx y Engels en el siglo XIX hasta hoy han sido numerosos los intentos de definir, en términos marxistas, los elementos constitutivos que caracterizan a la nación. Sin duda, el intento más aplaudido y el que ha hecho más fortuna lo protagonizó Stalin cuando en 1913 fijó como factores imprescindibles para que pudiera hablarse de nación la existencia de una comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología.³⁷ Las numerosas críticas a que se ha visto sometida la teoría staliniana

³⁷ STALIN: *El marxismo y la cuestión nacional*. Anagrama, Barcelona, 1977, p. 40.

sobre las nacionalidades y el contraste evidente que presenta al confrontarla con la realidad fuerzan, sin embargo, a cuestionarla en su totalidad.³⁸

Rodinson ha escrito que una nación se forma «no porque se quiera vivir conjuntamente», sino »porque ya se vive conjuntamente, en una situación objetiva determinada, creada por la historia, porque unos factores objetivos preexistentes te ligan a un cierto numero de grupos y de 3 individuos designados por unos índices objetivos»³⁹ La voluntad de querer seguir viviendo conjuntamente y de controlar el propio desarrollo histórico se hallaría en la base de una formación nacional, que vincularía a través de factores de índole material (pero no necesariamente territorial) los individuos que formarían parte de ella. Ya hemos hablado al principio de la importancia de factores como la lengua, la cultura y, sobre todo, la conciencia, que no solo se hallan en la base de muchas reivindicaciones nacionales, sino que forma parte, como factores objetivos (en el sentido utilizado por Lukacs), del entramado social. Pero en cualquier caso es evidente que ni los factores expuestos por Stalin pueden considerarse condiciones preexistentes al hecho nacional ni la nación puede considerarse, como lo hiciera Stalin, como una categoría histórica única de la época del capitalismo ascendente.

Sin querer extraer conclusiones que pudieran parecer precipitadas, ni aplicar deducciones mecanicistas, parece evidente, pues, que la nación, como categoría histórica, puede aparecer en cualquier etapa del desarrollo de una colectividad, como, asimismo, puede llegar a desaparecer o a diversificarse. Las colectividades humanas, los pueblos, no son realidades estáticas, inalterables, sino que se hallan en perpetua evolución y cambio. Una comunidad puede formar parte de una nación o puede convertirse ella misma en nación. El movimiento de la historia, implícito en la dinámica de las sociedades, produce en todas las épocas ejemplos de lo más diverso y heterogéneo. Y por ello formular una teoría general de la nación no es fácil. El análisis de las características que le son propias a una comunidad y el estudio del origen y de la evolución de estas características puede representar, en este sentido, un avance importante.

En cualquier caso no deja de ser precipitado un pronunciamiento al respecto, en relación a los múltiples casos que aparecen en el Estado español. Determinadas corrientes nacionalistas han definido ya a Andalucía como nacionalidad (sin que ello suponga ninguna opción independentista); otras buscan las características propias de Andalucía en la tradición histórica legada por los árabes en aquel periodo en que Andalucía poseía instituciones de autogobierno. Para estos la lengua propia de Andalucía sería el andalusí, el idioma árabe, objeto de reivindicación actual. En Mallorca existe también una tendencia nacionalista que busca su diferenciación nacional en el legado árabe, anterior a la conquista catalana. No estarían exentas tampoco de contenidos tercermundistas posturas canarias que intentan definir su futuro más en razón a su Africanidad geográfica que a su histórica dependencia de España.

Y es que, aunque no siempre lo parezca, los hechos nacionales que se desarrollan en la Península Ibérica hoy poseen un contenido revolucionario que no solo cuestiona el centralismo del Estado, sino al propio Estado como aparato de dominación de clase de la burguesía española. Es quizá por esta razón que el Estado, para defenderse de las acometidas masivas recibidas por los movimientos nacionalistas más combativos, inició una campaña de desnaturalización de los movimientos de emancipación nacional, confundiendo voluntariamente la necesaria descentralización político-administrativa del Estado con la liberación de las nacionalidades oprimidas. No es de extrañar en este

³⁸ La teoría de la nación de Stalin ha sido criticada fundamentalmente por su rigidez y dogmatismo, al fijar unos límites del concepto «nación» excesivamente estrictos, que dejan a muchos hechos nacionales reales fuera del patrón establecido. Entre otros, son interesantes los ensayos críticos de Máxime Rodinson y de Emmanuel Terray, ya citados, incluidos en la obra de Stalin: *El marxismo y la cuestión nacional*. Anagrama, Barcelona, 1977.

³⁹ Máxime RODINSON: *Sobre la cuestión nacional*, en el artículo *El marxismo y la nación*, p. 51.

caso que desde el Estado se haya favorecido la proliferación de los llamados «entes autonómicos» o «preautonómicos», de presumibles órganos de futuros gobiernos autonómicos, concretados en la mayoría de ocasiones en las «Juntas» que han sido creadas incluso en Murcia y Extremadura. Y tampoco puede extrañar el que el Estado haya iniciado la reestructuración a través de un proceso autonómico general que no hace distinciones ni diferenciaciones y en el que, a la par que la lentitud, impera la más absoluta confusión. En cualquier caso, la vía reformista de las autonomías, tal y como se esta desarrollando, esta abocada al más absoluto fracaso.

Euskadi, el nacionalismo vasco y los hermanos Arenillas

Si es cierta nuestra afirmación de que los hechos nacionales en el Estado español poseen una carga revolucionaria importante, lo es sobre todo en Euskadi, hasta tal punto que la existencia misma del nacionalismo vasco representa un factor de desestabilización casi permanente para el Estado. En la coyuntura histórica actual, el movimiento de emancipación nacional vasco no sólo ha imprimido una dinámica diferenciadora a todas las luchas que se han desarrollado en el País Vasco, sino que su fuerza, su peso específico, sus formas de lucha, el compromiso asumido por los vascos en el movimiento, etc., ha condicionado enormemente todo el proceso político español que arranca de las primeras crisis del Estado franquista, aun en vida de Franco, y llega hasta la actualidad.

Pero el movimiento nacionalista vasco no es, ciertamente, un movimiento político, ideológico y socialmente homogéneo, como lo fuera antaño, sino que presenta muy diversas y casi antagónicas formulaciones políticas, de acuerdo con la óptica de los intereses sociales que se representan y con el tipo de relaciones de dependencia existentes con las fuerzas y clases sociales del resto del Estado. Es indudable a este respecto que la *opción separatista* vasca combina en su programa radical la independencia total de su actuación político-social con un planteamiento de ruptura política, social y económica del Estado español y de las relaciones dominantes. A su lado, la *opción autonomista*, más vinculada, al menos a nivel de dirección, con los intereses dominantes del capitalismo español, persigue únicamente un marco autonómico que no cuestione de raíz las actuales estructuras sociales y económicas vascas.

Esta situación representa, como hemos indicado, un elemento de diferenciación de la realidad actual respecto al movimiento nacionalista vasco, que en una primera fase culminó con la guerra civil española. Efectivamente, el nacionalismo vasco que se desarrolló hasta 1937 (Bilbao cayó en poder del ejército insurrecto de Franco el 19 de junio de 1937) fue un movimiento que en líneas generales presentó una uniformidad ideológica y orgánica casi total. En base a los postulados del fundador del moderno nacionalismo vasco, Sabino Arana, durante muchos años las aspiraciones nacionales vascas estuvieron hegemonizadas por el Partido Nacionalista Vasco, y sólo al iniciarse la República los elementos pequeño-burgueses del partido se escindieron para fundar la Acción Nacionalista Vasca, una organización de izquierda nacionalista, innegablemente republicana, que contrastaba con las posiciones ideológicamente clericales y conservadoras del PNV.

Para explicar el fenómeno de la uniformidad orgánica e ideológica del nacionalismo vasco durante este periodo, es preciso tener en cuenta su entronque histórico con las tendencias populares que durante todo el siglo XIX combatieron contra los efectos de la desamortización y en favor de la recuperación de los fueros, que el liberalismo hispano —la nueva ideología impulsada con la progresiva expansión del capitalismo— tendía a eliminar. Así, no es de extrañar que las clases sociales perjudicadas por la expansión capitalista —campesinos, Pescadores, artesanos— constituyeran la base social de un movimiento político e ideológicamente reaccionario, y al mismo tiempo defensor de los valores materiales de la sociedad tradicional, precapitalista. La defensa de los fueros representaba, en este contexto, la reivindicación de uno de los elementos vertebradores de la sociedad tradicional vasca y configuraba un «protonacionalismo» político que junto a los elementos ideológicos de «rey» e «Iglesia» define el sistema político por el cual, según indica Hobsbawm, los campesinos se integran e identifican con la sociedad tradicional.»⁴⁰

El carlismo, al defender la trinidad ideológica de «Dios, Patria y Rey», oponía a las fuerzas disolventes y progresistas del capitalismo la conservación del orden social tradicional, que poseía en la Iglesia —sobre todo en el bajo clero— el aparato de reproducción ideológica más importante.

⁴⁰ Eric J. HOBBSAWM: *Los campesinos y la política*. Anagrama, Barcelona, 1976, p. 34.

La transformación de este «protonacionalismo» —carlismo— en el moderno nacionalismo partid, pues, de unas bases sociales muy concretas y homogéneas, y de unas reminiscencias ideológicas que se incorporaron sustancialmente a la nueva doctrina nacionalista. Pero si las bases sociales del moderno nacionalismo vasco fueron populares, no ocurrid así con sus dirigentes. En efecto, el nacionalismo vasco surgid como proyecto político vinculado a los intereses de aquellos sectores de la burguesía vasca, marginada económicamente y políticamente en el momento del despegue monopolista del capitalismo vasco. La formación de una oligarquía vasca —industrial y financiera— creadora de los grandes monopolios siderometalúrgicos, y de configuración antivasquista y española, representó el inicio de una crisis económica de los sectores burgueses medios —rurales y urbanos—, y coincidió con la derogación final de los fueros vascos, en 1876, tras la última guerra carlista. Como ha escrito Ortzi: «Un abismo insalvable se abre entre estas [oligarquías] y la masa de jauntxos que han acumulado rentas de sus propiedades o ganancias de sus pequeñas empresas, y que quedan en una posición dependiente y subordinada, más amarga aun si cabe porque la pérdida de los Fueros ha acarreado además la pérdida de su prepotencia política. De esta frustración va a nacer —precisamente entre estos jauntxos— el nacionalismo vasco»⁴¹ Pero, a pesar de todo, el nacionalismo vasco no perdió jamás el carácter popular de sus orígenes, si bien este carácter sólo abarcó al campesinado —en sus diversas variantes— y a los sectores urbanos pequeño-burgueses, marginando a una clase obrera, fundamentalmente inmigrada y que muy pronto abrazó la causa del socialismo, del anarco-sindicalismo y, más tarde, del comunismo. Esta composición social e ideológica excluyente del nacionalismo vasco —en las premisas teóricas del fundador, Sabino Arana, la raza era el elemento esencial que caracterizaba la nación vasca y el catolicismo era la cualificación más importante de la raza vasca⁴²— crearía un surco diferenciador entre la clase obrera industrial y el resto de sectores populares vascos. El nacionalismo vasco apareció ante el movimiento obrero como una corriente reaccionaria y conservadora impregnada de un furibundo fanatismo racista; mientras para el nacionalismo vasco la clase obrera no vasca era un factor social de distorsión en el seno de la sociedad vasca.

No es de extrañar, por todo ello, que el Partido Nacionalista Vasco monopolizara durante todo este primer periodo las reivindicaciones nacionales de la inmensa mayoría de la población rural y de determinados sectores populares urbanos; mientras las opciones republicanas —a excepción hecha de la Acción Nacionalista Vasca— y los partidos obreros marginaban el hecho nacional vasco. Y ello comportó, inevitablemente, que la República, a diferencia de lo que hizo con Catalunya —donde existía un nacionalismo republicano y socialmente progresista—, retrasase al máximo la aprobación del Estatuto de Autonomía vasco y, por otra parte, que la aprobación del Estatuto fuese considerada, finalmente, como una victoria exclusiva del PNV. En efecto, cuando en octubre de 1936 —ya iniciada la guerra— las Cortes de la República aprobaron el Estatuto vasco, el PNV pasó a formar un gobierno en el que ocupó las carteras más importantes, además de la presidencia

La identificación entre el nacionalismo vasco y el PNV fue, pues, c así absoluta hasta muchos años después de acabada la guerra civil, cuando a partir de los años 60 surgieron nuevas tendencias más radicales que incorporaron a la lucha nacional a sectores de la clase obrera industrial. Contrariamente, el movimiento obrero en Euzkadi —a excepción del integrado en el sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos, que controlaba el PNV— contempló el nacionalismo como un fenómeno ajeno a sus objetivos e intereses. Ello explica el hecho de que hasta las elecciones del Frente Popular, en febrero de 1936, las izquierdas no vasquistas, no incorporaron en sus programas las reivindicaciones autonómicas vascas y explica también la carencia durante esta etapa de estudios

⁴¹ ORTZI: *Historia de Euskadi...*, p. 111

⁴² Ricardo Kerman ORTIZ DE ZÁRATE: *El problema revolucionario vasco*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 315-411

y de análisis sobre el hecho nacional vasco, desde una perspectiva teórica diferente a la estrictamente nacionalista, que representaba el PNV.

Ciertamente, los artículos que publicamos de los hermanos José Luis y José M." Arenillas, a los que estas páginas han servido de introducción, son los primeros artículos marxistas que se publicaron sobre el hecho nacional y el nacionalismo vascos. Sumamente críticos con el nacionalismo vasco, los hermanos Arenillas no son menos críticos con aquellas tendencias que rechazan o marginan las aspiraciones nacionales vascas por confundirlas con el cuerpo programático del reaccionarismo católico del PNV. Es precisamente por ello, y por la importancia objetiva del hecho nacional vasco, que los hermanos Arenillas que pertenecieron a las corrientes marxistas heterodoxas, a la Izquierda Comunista de España, primero, y al Partido Obrero de Unificación Marxista, después— no se limitan en sus artículos a enunciar el ambiguo principio del derecho de las nacionalidades a su autodeterminación, sino que profundizan en el hecho nacional vasco, mostrando metodológicamente su configuración a lo largo de la historia contemporánea de Euzkadi y presentando, en toda su complejidad, la problemática que ofrece el hecho vasco durante los años de la II República.

La mayoría de artículos se deben a José Luis Arenillas, nacido en 1904, y que ejercía su profesión de médico en una cofradía de Pescadores de Bilbao. Militante de la Izquierda Comunista desde 1932, muy pronto destacó por sus dotes de teórico, con una agudeza poco común, como puso de relieve en sus colaboraciones en la revista «Comunismo». Al constituirse el POUM, cuando la Izquierda Comunista se unificó con el Bloque Obrero y Campesino en septiembre de 1935, José Luis Arenillas pasó a formar parte del Comité Central del nuevo partido, en cuyas publicaciones, «La Batalla» y «La Nueva Era», siguió su tarea de divulgación y análisis teóricos. Compenetrado estrechamente con la lucha del pueblo vasco por su liberación, al estallar la insurrección militar en julio de 1936, organizó la primera columna de milicianos que salió de Bilbao para enfrentarse a los militares sublevados, que habían vencido en Álava y en Navarra y amenazaban peligrosamente Guipúzcoa. Fue jefe de Sanidad Militar del Ejército de Euzkadi y ejerció como inspector de Sanidad Militar del Ejército del Norte, hasta que a finales de agosto de 1937 cayó prisionero de las tropas franquistas, cuando se hallaba peleando junto a unos batallones vascos en Santoña (Santander). Condenado a muerte, fue ejecutado en el Penal de Deusto en marzo de 1938, como represalia por el hundimiento de la fragata «Baleares» por la flota republicana.

Esta breve síntesis de la trayectoria política pública de José Luis Arenillas pone en evidencia, de forma categórica, su compromiso con los postulados teóricos que presenta en sus escritos. Ya hemos dicho que inició, junto a su hermano, la tarea de analizar el fenómeno nacional vasco desde una metodología marxista, cuando frente a él se hallaba un abrumador desierto teórico. No debe extrañar, por ello, que su intento peque, en algunos aspectos, de una cierta ortodoxia, vinculada a la propia tradición teórica del marxismo que en los años 30 vivía aún, en lo que respecta a la cuestión nacional, de las aportaciones de Marx y Engels y de las vulgarizaciones que Stalin desarrolló sobre los postulados leninistas.

Pero ello no fue impedimento para que José Luis Arenillas se enfrentara a la cuestión nacional a través del estudio de la correlación de fuerzas sociales que se desarrolla en Euskadi con la introducción del capitalismo. Las distintas opciones socio-políticas que surgen como producto de una realidad diferente a la del resto del Estado español, la dinámica de las nuevas contradicciones internas de Euskadi y entre el capitalismo vasco y el Estado español suponen el eje vertebrador donde se sitúa la interpretación de Arenillas sobre el nacionalismo vasco y su desarrollo a lo largo de los siglos XIX y XX. Para Arenillas se trata, en buena parte, de la lucha entre los vestigios feudales del Estado centralista y la revolución democracia que debe resolver la cuestión nacional en España. En este sentido, la lucha nacionalista es, objetivamente, un combate progresista, que debe ser asumido por la clase obrera. Pero la contradicción principal existente en esta lucha viene determinada, en

parte, por la naturaleza política e ideológica del nacionalismo vasco y por la marginación que la clase obrera —y sus organizaciones— hace de la lucha nacionalista.

Es evidente y lógico que José Luis Arenillas, en sus análisis, parte de la perspectiva política que defiende durante los años de la República y que cuando trata de las situaciones concretas que se producen en Euskadi lo hace en consonancia con los postulados políticos de las organizaciones en las que milita. Pero ello, lejos de restarle objetividad, refuerza sus consideraciones sobre la necesidad de que la clase obrera se incorpore a la lucha de liberación nacional. Arenillas no sólo rectificara las posiciones que había mantenido la Izquierda Comunista sobre la cuestión vasca, al menos durante 1932-1933,⁴³ sino que no dudara en reclamar «el apoyo resuelto a los movimientos nacionales», apoyo que «descansa en una necesidad histórica evidente, que requiere plena satisfacción, como es, en el caso que nos ocupa, la existencia de EUSKADI-NACION».⁴⁴

Por su parte, José M. Arenillas, nacido en 1906, trabajaba como representante de comercio y poseía una sólida formación económica. De trayectoria política semejante a la de su hermano, fue miembro del Comité del POUM de Euskadi y al iniciarse la guerra civil fue secretario de la Junta de Defensa que se creó en Vizcaya durante las primeras semanas de la guerra y que se disolvió al constituirse el primer gobierno de Euskadi a principios de octubre de 1936. En estos momentos, sin embargo, entró en continuos conflictos con los nacionalistas vascos, quienes finalmente le condenaron al ostracismo político. En enero de 1937 pasó a Barcelona, donde estuvo unos meses, pero ante la problemática situación militar que se creó para el ejército de la República en el País Vasco, no tardó en abandonar Catalunya. De Barcelona marchó a Bayona, desde donde consiguió trasladarse en barca a Santander o a Asturias.⁴⁵ Su llegada al Norte, sin embargo, coincidió con la plena campaña de represión desencadenada por el PCE contra el POUM, tras los hechos de mayo de 1937, acaecidos en Barcelona. Fue detenido por los stalinistas en Mieres y dejado en libertad gracias a las gestiones realizadas por los militantes locales del POUM cerca de los socialistas. Pero su destino estaba ya sentenciado. Desapareció en octubre de 1937, cuando el ejército de Franco entró en Gijón, y según todos los indicios murió asesinado por los stalinistas.

José M» Arenillas vivió, pues, muy intensamente la problemática política que se desarrolló en Euskadi durante los primeros meses de guerra. Su contribución al debate sobre el nacionalismo vasco se centra, precisamente, en este periodo de importantes transformaciones iniciales, cuando la clase obrera vasca —el proletariado euskeldun, dice Arenillas, junto al Catalán y al astur, es uno de los más aguerridos del Estado español— tomó la iniciativa contra los militares insurrectos y, como sucedió en otras zonas del Estado, creó sus propios organismos de poder —las comisarias—. Pero en Euskadi este movimiento de autoorganización de la clase obrera fue abandonado antes que en Catalunya o Asturias, a causa de la existencia de un nacionalismo vasco que acabó consiguiendo la hegemonía política y social a cambio de garantizar la movilización nacionalista en la guerra contra el fascismo. Las sucesivas formaciones de las Juntas de Defensa de Vizcaya y Guipúzcoa (agosto 1936), en sustitución de las Comisarias, y del primer Gobierno vasco (7 octubre 1936) representan los pasos más importantes en el cambio de la hegemonía obrera por la hegemonía nacionalista. El resultado final de este proceso es previsible: «El régimen social es, sin duda, el más derechista de la República. Las empresas no se colectivizan; solo se incautan las fabricas de armas y las que pertenecían a los

⁴³ La Izquierda Comunista de España había considerado que el movimiento nacionalista vasco, precisamente por su contenido reaccionario y clerical, debía ser combatido. Ver la *Tesis sobre las nacionalidades*, aprobada por la III Conferencia de la Oposición Comunista Española en marzo de 1932, «Comunismo», n.º 11, abril 1932, pp. 39-44.

⁴⁴ José Luis ARENILLAS: *El problema nacional en Euzkadi*, «La Nueva Era», n.º 1, enero 1936, pp. 20-24.

⁴⁵ Como otras informaciones sobre la vida de los hermanos Arenillas, este dato nos fue proporcionado por Ignacio Iglesias. En carta, Cachan, 22 de junio de 1975.

cómplices del alzamiento. Estas son dirigidas convencionalmente por una Junta de Administración a la que los obreros, aunque están representados en ella, no pueden controlar. Se incauta parte del capital de los Bancos vascos —unos 9.000 millones de pesetas; en cuanto a los gigantes industriales, basta con que una parte suficiente de los Consejeros se encuentre en Bilbao para que sigan funcionando en régimen privado— como es el caso de Basconia, Altos Hornos y Badcock-Wilcox. Algunas escasas medidas sociales, como la prohibición de dirigir más de una empresa, y la reducción de las rentas en un 50 % —ley promulgada por la Republica— contrapesaran este mantenimiento puro y simple de las relaciones capitalistas».⁴⁶

Con materiales de primera mano, y sobre todo a partir de su experiencia vivida, José M.» Arenillas realiza una descripción detallada y lucida de este proceso, básica para el conocimiento de la historia de Euskadi de los primeros meses de la revolución. Sus interpretaciones y conclusiones se sitúan ciertamente en el lado opuesto de las posiciones nacionalistas. Para José M.» Arenillas se trata de un doble proceso de frustración social y nacional. Frustración social en la medida en que la revolución social de los comienzos detiene su curso en seguida. En esta operación no se hallan ausentes de responsabilidad socialistas y comunistas («para hacer una revolución —dice Arenillas— es, ante todo, preciso ser revolucionario»). Frustración nacional porque la formación del Gobierno vasco llega como fruto de pactos y concesiones ante el hecho consumado de la guerra, y cuando medía Euskadi se hallaba ya en manos del ejército franquista. Además, la concesión del Estatuto de autonomía beneficiaba a las fuerzas más reaccionarias de Euskadi, y este beneficio, al mismo tiempo, repercutía favorablemente al Gobierno de la República, que podía presentar el Gobierno vasco ante el mundo como garantía de que en España se respetaban la ley y el orden capitalistas.

El análisis de José M.» Arenillas culmina a principios de 1937, y pocos meses más tarde —en junio Bilbao sucumbe ante el ejército de Franco— culminó también la experiencia de la Euskadi autónoma. Pero el ensayo autonómico marcó un precedente histórico importante. A pesar de las numerosas contradicciones sociales y políticas que engendró, a pesar de la política del PNV, de la incomprensión de numerosos sectores obreros ante la realidad nacional de Euskadi, la experiencia autonómica forma parte de uno de los jalones de la lucha del pueblo vasco por su liberación. Porque Euskadi, su presente y su futuro, se esta configurando a través de luchas, victoriosas unas fracasadas otras, que no sólo se incorporan a la memoria colectiva del pueblo vasco, sino que, como legado histórico que son, representan una reivindicación cultural permanente implícita en los objetivos nacionalistas de Euskadi. Así, la experiencia de las luchas sirve de estímulo para nuevas y necesarias luchas... hasta la liberación definitiva.

Diciembre 1979-Enero 1980.

PELAI PAGES

⁴⁶ ORTZI: *Historia de Euskadi...*, p. 214. 44

JOSÉ LUIS ARENILLAS: EL NACIONALISMO VASCO EN LA HISTORIA Y DURANTE LA II REPÚBLICA

El problema de las nacionalidades en Euzkadi^{47*}

España conserva, incluso en el seno de las ciudades industriales, vestigios de servilismo secular propios de la época del feudalismo. Su economía presenta lineamientos que por su incoherencia daban un carácter particular a las últimas décadas del régimen monárquico. Aun cuando el capitalismo acapara ciertos sectores importantes de la vida «nacional», se muestra insignificante con relación a la agricultura. Algunos islotes industriales aparecen en el océano peninsular, donde pulula una población rural movida por el instinto de la propiedad privada, al lado de la masa amorfa de los trabajadores industriales, vestigios de servilismo secular propios de un sentido político de clase.

La economía española se caracteriza porque las mercancías producidas con métodos de producción anticuados se encuentran sometidas a condiciones de cambio de un máximo desenvolvimiento. Desde que España entró en contacto con el mercado mundial, su balance comercial ha sido desfavorable. Nunca ha podido exportar lo suficiente para cubrir sus necesidades. Teniendo que importar por necesidad artículos maquinofacturados, ha de pagar por ellos un dinero obtenido de la exportación de sus mercancías, que, dada la técnica retrasada de su producción, encierran un número de horas de trabajo muy superior al que encierran los productos importados. Mientras que en las regiones agrarias, en las que predomina el sistema de producción precapitalista —Andalucía, ambas Castillas, Galicia, Navarra, Extremadura—, se necesitan muchas jornadas de trabajo para producir una fanega de trigo, en los Estados Unidos no pasa de una o dos jornadas. así resulta que el capitalismo extranjero que exporta a España sus productos se apropia gratuitamente unas cuantas horas de trabajo vendiendo en el mercado español a un precio inferior al costo de la producción indígena. El consumidor español paga por los artículos importados, obtenidos a bajo precio, con métodos de producción modernos, un dinero que cobra por mercancías obtenidas a precios elevadísimos, con métodos arcaicos de producción. De donde resulta siempre un déficit en el balance comercial español que alcanza actualmente una cifra considerable.

La incongruencia entre la agricultura y la industria imprime su sello a la situación especial que atraviesa la sociedad española durante todo este periodo. La tierra imponía su voluntad en todo momento, y la industria caminaba siempre a su retaguardia, arrastrando una vida lánguida en comparación con la industria europea. La elevación de las tarifas aduaneras; las medidas de prohibición; las primas; el proteccionismo indirecto y administrativo; la inspección de las operaciones de cambio; las subvenciones, etc., ha sido moneda corriente en todos los Gobiernos españoles con el fin de atender a la debilidad de su economía. Y es que el Estado monárquico adolecía *«no sólo de los vicios que lleva consigo el desarrollo del capitalismo, sino también de las taras que supone su falta de desarrollo. Junto a las miserias modernas, le agobian una serie de miserias heredadas, fruto de las supervivencias de regímenes de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de*

⁴⁷ «Comunismo», nº 38, septiembre 1934, pp. 66-72

*Aunque actualmente se esta delimitando la utilización de los términos Euskadi-Euzkadi por las distintas corrientes sociopolíticas vascas, hemos optado por no hacer ninguna corrección en los textos originales de los hermanos Arenillas, que utilizaron indistintamente ambas modalidades, y mantenemos, por tanto, la forma del original. (N. d. E.)

condiciones políticas y sociales anacrónicas. No sólo le atormentan los vivos, le atormentan también los muertos» (Marx).

Los acontecimientos de estos últimos años han sido engendrados por el antagonismo económico entre la industria y la agricultura, cuya síntesis se hubiera logrado destruyendo las relaciones feudales de propiedad en el campo y adaptando la economía agrícola al sistema de producción capitalista. así se explica que los grandes terratenientes, en el apoyo consecuente de los usureros, de los comerciantes, de la Iglesia y el clero, de los señoritos y de las castas militares, fueran durante tan largo periodo los dueños del Estado y tuvieran bajo su férula a las clases progresivas del país y a los pueblos industriales.

La posibilidad de saquear y oprimir a los otros pueblos ha sido la causa del estancamiento económico de España. Las formidables riquezas coloniales que España poseía dificultaron su desarrollo capitalista, pues no hicieron sino consolidar el régimen feudal, alimentando las necesidades de la monarquía y de la Iglesia, a las castas militares y a toda la burocracia feudal del Estado que mantenía contacto con las colonias. En lugar de sacar sus ingresos del desarrollo de las fuerzas productivas del país, las castas dominantes españolas dieron preferencia a la explotación semifeudal de sus colonias, y, perdidas estas, a la explotación de las nacionalidades oprimidas, encerrándose en un círculo vicioso en que fueron cayendo poco a poco todos los gobernantes españoles, quienes, apretando las cadenas que sujetaban a los pueblos económicamente más adelantados, crearon una unidad nacional ficticia, arbitraria y despótica, mantenida a través de una desigualdad, caracterizada por una opresión nacional enmascarada de un cierto autonomismo.

Para enjugar el déficit crónico de su Hacienda; para sostener la hipertrofia burocrática y las castas parasitarias, el Estado español ha tenido que extraer una parte de su deuda, primero de las colonias y después de los pueblos oprimidos, habiéndolo conseguido mediante impuestos en Cataluña (ella sola pagaba un 30 por 100 de los impuestos que cobraba el Estado unitario español), y en Euzkadi, por medio de los Conciertos económicos, régimen de tributación que supone para los contribuyentes vascos un tercio más de lo que pagan los contribuyentes españoles, siendo la aportación fiscal de cada uno de sus habitantes de 61 pesetas, mientras que los españoles pagan solamente 44 pesetas. Estas inyecciones económicas permitieron reforzar el aparato político, burocrático y militar de la monarquía absoluta, en detrimento de la evolución económica y política de los pueblos más adelantados, que se sienten humillados en su personalidad y quieren rescatar su libertad de movimientos. Lo que caracteriza en la época moderna a la opresión de un pueblo por otro es la subordinación del desarrollo económico de este pueblo a los intereses políticos y económicos del otro país. El predominio de las cifras de exportación de los productos agrícolas españoles determina un aumento en la importación de productos maquinofacturados, con evidente perjuicio de la industria peninsular y, muy en particular, de la industria de Cataluña y Euzkadi, que hubieran podido desenvolverse mejor de no estar sometidas a las disposiciones del Gobierno central, que imponen el consumo de materias primas «nacionales», cuyo coste de producción es elevadísimo. El nacionalismo representa la lucha de los pueblos económicamente más adelantados contra el centralismo absorbente y castrador de la España semifeudal. La lucha por la creación de una economía nacional independiente reviste necesariamente el aspecto de una lucha por la independencia nacional. Bajo este aspecto, el nacionalismo vasco y Catalán presenta un carácter progresivo.

En el año 1824 el feudalismo español capitulaba ante una fuerza nueva que por no haber podido desarrollarse en España hubo de emigrar a tierras desconocidas. Los países sudamericanos y centroamericanos conquistaban sus libertades políticas, sacudiéndose revolucionariamente las cadenas que les sujetaban al yugo del imperialismo español. únicamente las Antillas y Filipinas permanecieron sometidas al despotismo asiático de los Borbones, constituyendo el último reducto colonial de la monarquía absoluta. A partir de esta fecha, la opresión política se polarizó intensamente hacia los pueblos peninsulares, donde se daban las mejores condiciones para la

penetración y el desarrollo del capitalismo. Esta opresión cristalizó en Euskadi en la ley del 25 de octubre de 1839; se consagró por el real decreto del 29 de octubre de 1841 y culminó en la ley del 21 de julio de 1876.

La entrada en vigor de estas leyes implicaba el encadenamiento de una economía que entrañaba un espléndido porvenir. Sus resultados prácticos fueron el establecimiento de Comisiones económicas encargadas de la recaudación, distribución e inversión de los fondos públicos en tanto no se nombraran las Diputaciones provinciales; la pérdida de la libertad comercial, puesto que las Aduanas eran llevadas a las costas y el Bidasoa, y, finalmente, la violación de la exención de tributes. Los habitantes del país vasco quedaron obligados a pagar contribuciones, rentas e impuestos ordinarios y extraordinarios en la proporción que les correspondía con destino a los gastos públicos del Estado unitario español y, además, se les impuso el tributo de sangre. Las iniciativas y los intereses económicos de Euskadi eran supeditados a los intereses económicos y políticos de las castas dominantes de la nación opresora. Euskadi perdía sus fueros y la posibilidad de formar un Estado propio e independiente.

Con la promulgación y el acatamiento de las mencionadas leyes se le arrebatava a Euskadi su personalidad nacional. La supresión de las libertades tradicionales en el país vasco; el desplazamiento de su lengua, usos y costumbres; el quebrantamiento de su cultura y la anulación del derecho a elegir sus representantes en las Juntas generales y particulares y en las Diputaciones generales, fueron el corolario obligado a la destrucción sistemática del esqueleto económico que les servía de sostén. Las leyes forales fueron desapareciendo a medida que la opresión se ejercitaba con más saña y encono, sin que por parte de Euskadi se opusiera el dique que cerrara el paso a la avalancha del feudalismo castellano que amenazaba con asfixiarle económica y políticamente. La conciencia nacional estaba aletargada. Las fuerzas sociales capaces de ofrecer resistencia emigraban a América, donde se daban mejores condiciones para el desarrollo de sus actividades. La conciencia de clase de la burguesía vasca no podía revelarse en tanto no hubiera una base material que les ligara al país y entre si mismos. En el ínterin, los elementos más vitales estaban desperdigados, sin posible cohesión ni organización alguna.

La acumulación originaria se verificó en el país vasco gracias al comercio que se hacía con algunos puertos españoles y europeos; pero especialmente merced al comercio que se hacía con las colonias que España poseía en América, comercio este último que adoptó, como en todas partes, la forma de un verdadero despojo. Los habitantes de las colonias nunca recibían valores iguales a cambio de lo que se les arrebatava. Todo dependía de la correlación de fuerzas, y como la superioridad estaba de parte del capital mercantil, la Línea divisoria entre el comercio y el despojo era imperceptible. Las riquezas arrebatadas a las colonias eran remitidas a la Metrópoli, en donde se forjaban las condiciones necesarias para el desarrollo del capital industrial.

Mientras que el incremento del capital comercial se traducía en España por el fortalecimiento del feudalismo agonizante, el capital comercial vasco —espoleado por la afluencia de nuevos capitales, muchos de ellos procedentes de los vascos que emigraron a América, por el constante acicate de la concurrencia extranjera, la apertura de nuevos mercados, el descubrimiento de nuevos yacimientos de mineral de hierro y las condiciones propicias de su literal— surgía como una fuerza perfectamente articulada con su base de producción, dando lugar a nuevas relaciones sociales que permitían la creación de un nuevo régimen. El estrecho contacto establecido entre la producción interior y el comercio exterior le valió a Euskadi su potente predominio en la Península y determinó la rápida transfusión del capital comercial a la industria.

El desarrollo alcanzado por la industria siderúrgica y por los medios de comunicación y transporte en Inglaterra a lo largo del siglo XIX motivaron una demanda cada día mayor de mineral de hierro, para atender a la cual hubo de intensificarse su explotación en el país vasco. Este hecho no hubiera sido posible sin la existencia de capitales suficientemente dotados, así como de obreros libres de toda dependencia personal, en posesión de la facultad de vender su fuerza de trabajo, y

que, al mismo tiempo, tuvieran necesidad de recurrir a ello para subsistir. Los campesinos castellanos, andaluces y extremeños, despojados de sus tierras por los latifundistas y los usureros, y más adelante los artesanos, los obreros de manufacturas y los aldeanos vascos proletarizados, desempeñaron este papel, haciendo acto de presencia cuando concurren las circunstancias favorables al desarrollo del capitalismo en Euskadi.

El desarrollo de la conciencia de clase de la burguesía vasca siguió una dirección paralela al desarrollo del capitalismo en Euskadi. La sustitución de la producción artesana y de la manufacturar por la gran industria impulsó extraordinariamente el desenvolvimiento de la burguesía vasca. Bajo el imperio de la libertad capitalista, «donde los miembros de la sociedad son iguales en la medida que lo sean sus capitales, y hace de este capital la potencia decisiva» (Engels), la burguesía vasca se situó en el primer plano de la sociedad por su potencialidad económica, postergando y destruyendo la importancia social de los restos feudales que quedaban.

El deseo de independencia de los vascos frente a los Poderes centrales no se había manifestado todavía en el terreno político, sino solamente en el económico. En el pueblo vasco predominaba el *fuerosismo* como teoría política, que defendía la exención de tributes de quintas, a la vez que mendigaba de los españoles respeto y cariño hacia los vascos y sus veneradas instituciones. Los defensores de los fueros protestaban contra la ley del 76, que se refería al servicio militar, promulgada por Cánovas del Castillo con el fin de robustecer la unidad nacional. En cambio, hacían caso omiso de la del 39, única que destruyó la libertad de Euskadi al anular, entre otras, la libertad comercial. Las revueltas que hubieron de reprimir los agentes del rey en el País Vasco fueron siempre motivadas por reivindicaciones en materia de impuestos o de levas de soldados. Hasta que Arana Goiri, carlista en su juventud, no declaró que «Euskadi es la patria de los vascos» (1882-1892), el nacionalismo vasco no entra en una nueva fase. Desde esta fecha, el capitalismo industrial concentra sus energías en la conquista del aparato político para ponerlo al servicio del desarrollo industrial y mercantil del País Vasco, encontrando a su paso, como un obstáculo serio, al régimen político semifeudal que imperaba en España

En la última década del siglo pasado, la burguesía vasca, ligada por sus intereses materiales, fue acuciada por la necesidad de organizarse. Su conciencia nacional despertaba pujante como resultado reflejo de la pugna sostenida entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el régimen político centralizador, que dificultaba su pleno desenvolvimiento. Una parte de ella, la burguesía comercial, desplazada de su hegemonía por la preponderancia que iba adquiriendo el capital industrial y el capital financiero, se destacó como un sector de clase sujeto al régimen feudal y a la monarquía absoluta. En cambio, la otra fracción, la burguesía industrial, se organizaba como fuerza social independiente, a fin de derribar al régimen feudal que le agobiaba e instaurar sobre sus ruinas el nuevo Estado vasco. El capital comercial, caminando del brazo de los terratenientes, se aliaba a los latifundistas y a la incipiente y cobarde burguesía española, perfilándose con carácter monárquico y tradicionalista (carlista) y, naturalmente, hostil a todas las reivindicaciones de índole nacionalista. Por el contrario, el capital industrial no se contentó con el papel de comparsa que se le asignaba. Arrastrando a la pequeña burguesía democrática, y más tarde a la clase obrera vasca, abrazó cada vez con más ímpetu la lucha por el poder político, con objeto de crear un nuevo régimen, un nuevo poder, sobre el cual se levantarían las construcciones jurídicas, económicas y políticas del Estado vasco. así surgió el partido de la burguesía industrial, consciente de sus intereses históricos, llamado primeramente *Comunión Nacionalista* y, posteriormente, *Partido Nacionalista Vasco*. Su fundador fue Sabino de Arana Goiri, criatura de los jesuitas (en quienes primero se reflejó la realidad exterior del País Vasco), que se propuso lograr la unión de todos los compatriotas ligados por los intereses materiales bajo el lema «Jaungoikoa eta Lagi-Zarra» (Dios y leyes antiguas), con el fin de conquistar la independencia de Euskadi.

A partir de 1878, fecha en que se pactó el primer concierto económico, el pueblo vasco era sometido a los designios de una internacional que representaban en el dominio de las ideas a una

categoría histórica que tuvo su máxima expresión en la Edad Media y que, por consiguiente, era el elemento de enlace entre el régimen que pugnaba por salir a la superficie y redimirse del sojuzgamiento del Poder público semifeudal y el estado de cosas viejo que era una rémora, un peso muerto que detenía al capitalismo en su desarrollo. En este sentido, el catolicismo de que se investía la burguesía vasca ha constituido el mayor obstáculo para lograr su autodeterminación como categoría histórica moderna. Si se hubiera desprendido con el carlismo de su corteza religiosa, la burguesía vasca hubiera triunfado ampliamente del régimen feudal. En nombre de la razón, de la igualdad de los hombres ante la ley, de la libertad de conciencia, etc., la burguesía se levantó en todos los países, arrastrando consigo a las capas medias y populares, igualmente sometidas a los restos feudales, contra el absolutismo y las monarquías, con el fin de instaurar sobre sus ruinas un régimen de derecho y conquistar la soberanía del Estado.

El carácter religioso del movimiento nacionalista ha restado poder al pueblo vasco en su lucha por la autodeterminación. Al grado de evolución de sus fuerzas productivas correspondía el liberalismo en el dominio filosófico y político, ideología que es un reflejo en la conciencia de la libertad comercial, que es la libertad del capital.

El desigual desenvolvimiento industrial de las diversas regiones peninsulares motivaba la división política del Estado unitario español. Para que cristalizara esta desigualdad en su proceso natural era preciso que una solidaridad de intereses materiales hiciera presión sobre los restos feudales. Esta presión sólo podía partir de las regiones económicamente más adelantadas, donde merced a la influencia de la Revolución francesa y al grado alcanzado por sus medios productivos, eran mejor comprendidas las necesidades políticas de la época del capitalismo. Euskadi y su burguesía debieran de haber sido el ejemplo de la burguesía peninsular en su lucha contra los restos feudales y la monarquía absoluta, en virtud de la concentración de sus fuerzas económicas. Pero el nacionalismo vasco no podía rescatar la soberanía de Euzkadi, porque no se adaptaba su contenido ideológico a las relaciones sociales, porque no correspondía la superestructura a la estructura, porque toda idea que no ha sido dictada por la realidad de las cosas no puede prosperar. El catolicismo ha perjudicado enormemente al movimiento nacionalista hasta el extremo de impedir que este diera sus frutos naturales.

La expresión política de la sociedad basada en las clases es el Estado. Lo que tenía que aniquilar el capitalismo vasco en su culminación era el Estado feudal, o sea el instrumento de las castas dominantes, que estorbaban su pleno desenvolvimiento. Las fuerzas sociales del País Vasco interesadas en el movimiento nacionalista tenían que arrojar a una clase del dominio del Estado para colocar a otra. En una palabra: tenían que apoderarse de lo que había de ser el instrumento de dominación de la clase capitalista y crear sus propias instituciones, a fin de prolongar su existencia y asegurar el funcionamiento de su Administración, de su Ejército, de su Policía, de su Parlamento, etc., etc. Pero antes de instaurar el Estado burgués era preciso derrocar al otro y no conformarse con el mantenimiento del aparato semifeudal ni transigir con sus instituciones, ligando su suerte a los restos feudales que le oprimían. La burguesía vasca y sus seguidores equivocados han incurrido en una grave responsabilidad histórica por su mansedumbre ante los Poderes públicos españoles.

Por estas causas, el capitalismo vasco no pudo integrar a la clase obrera en su movimiento. Sin aparato político desde donde dirigir la represión contra las fuerzas sociales que amenazaban su fortaleza económica, perdió su voluntad de lucha y cedió ante los opresores. Colocado en la disyuntiva de aliarse con las castas dominantes o ceder una parte de sus privilegios ante la fuerza arrolladora del proletariado, la burguesía vasca prefirió renunciar a una parte de sus derechos políticos con tal de salvaguardar sus intereses económicos. Se cobijó bajo el amparo de la monarquía borbónica, traicionando sus fines y vendiendo el porvenir del pueblo vasco por un plato de lentejas.

Aun cuando el triunfo de la clase burguesa estaba maduro por la evolución alcanzada por las fuerzas productivas del País Vasco, el capitalismo renunció a su acción, ya que el deseo de la victoria faltaba, porque la burguesía seguía enriqueciéndose a pesar de todo. «La burguesía engendra al

proletariado en la medida en que desarrolla su industria, su comercio, y sus medios de comunicación. Al aperibirse que su compañero de ruta le sobrepasa a marchas forzadas, pierde la facultad de mantener exclusivamente su dominación política y busca aliados con los cuales compartir el Poder o a los cuales se lo cede completamente, según las circunstancias» (Engels). Cuando los progresos del capitalismo vasco iban forjando la necesidad de crear un Estado propio, la burguesía vasca, preocupada en resistir al proletariado y en dominar sus rebeliones, incrementó el poder de las autoridades centrales con el propósito de abatir el poder creciente de la clase obrera. El proletariado suponía una amenaza a su seguridad social y era un atentado a la tranquilidad necesaria para desenvolverse libremente, y la burguesía vasca consentía en mermar su potencialidad política con tal de conservar su predominio económico.

Antes de consumarse la evolución económica de Euskadi, la burguesía vasca pactaba compromisos con los restos feudales, porque estaba apadrinada por una organización de tipo feudal (los jesuitas) que se adueñó de todas las fuentes de producción del País Vasco y que, en algunos momentos, daba participación en sus negocios a los representantes de las castas dominantes. Efectivamente, la monarquía garantizaba al capitalismo vasco su propiedad aunque resultara mermada su libertad. La debilidad de la burguesía vasca y su mansedumbre se evidenciaban ante el crecimiento pujante del proletariado, que aparecía como una fuerza nueva, como una formidable potencia organizada que causaba pavor, cuyas luchas hacían retroceder a los capitalistas vascos hasta el extremo de tener que recurrir, para su defensa, al aparato represivo de la nación opresora

El Concierto económico, cuya renovación era cada vez más onerosa para los contribuyentes vascos, obedecía a una concesión mutua que se hacían las dos fuerzas sociales en presencia. El temor que infundía el pueblo vasco a los Gobiernos centrales les obligó a reconocer el derecho que asistía a la burguesía vasca (que representaba los intereses del pueblo vasco en aquella época) en su lucha por conseguir la soberanía de su país. La autonomía administrativa era una concesión hecha por los restos feudales a costa de una porción de sus privilegios de casta, al mismo tiempo que la burguesía vasca claudicaba políticamente ante ellos, con el propósito de servirse de la monarquía como de un instrumento para sus fines, cargando el peso de su cobardía sobre los hombros de las masas trabajadoras y traicionando los intereses de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo Dialécticamente considerado, el Concierto económico representa el reconocimiento de las aspiraciones de Euzkadi a su soberanía, y, a la vez, es la primera traición del nacionalismo clásico a los intereses históricos del País Vasco como particularidad nacional. Al pactar este compromiso, la burguesía vasca cavaba su propia fosa. El nacionalismo burgués, producto del calculo, dejaba de existir como fuerza social capaz de lograr la liberación de Euskadi, y sólo esperaba la presencia de las fuerzas que habían de darle tierra para edificar sobre sus restos mortales el nuevo movimiento emancipador, la vía por la cual se llega a la liberación de los pueblos oprimidos y a la emancipación del trabajo y de los trabajadores.

José Luis ARENILLAS

Bilbao, septiembre de 1934.

LA LUCHA DE CLASES EN EL MOVIMIENTO NACIONALISTA VASCO⁴⁸

Con motivo de una disputa habida en torno de la propiedad de unas acciones del periódico nacionalista *Aberrri*, el Partido Nacionalista Vasco se escindió en 1930 en dos ramas, una de las cuales conservó el nombre de PNV, y la otra se constituyó en Partido de Acción Nacionalista Vasca, que representa a la pequeña burguesía democrática y nacionalista de Euzkadi.

La disputa en cuestión ocultaba las verdaderas raíces históricas de la escisión. La separación, en realidad, obedecía al desarrollo de la lucha de clases en el interior del propio PNV, que ponía al descubierto los antagonismos existentes entre la burguesía industrial, por una parte, y la pequeña burguesía, democrática y nacionalista, por otra.

La crisis de la economía «nacional» española, iniciada en 1929, engendró un movimiento de tipo democrático burgués, que tendía a la destrucción de las trabas feudales que entorpecían el desenvolvimiento del capitalismo, a cuyo efecto se precisaba derrocar la monarquía absoluta, que era la expresión política de aquellos vestigios del medioevo. El PNV, de carácter confesional, cuya propaganda ideológica es desarrollada por los curas y por hombres que son hechura de los jesuitas, no obstante representar los intereses históricos de la burguesía industrial, se situó al margen de aquel movimiento, negándose a colaborar en el advenimiento de la República por temor a las consecuencias que la inclusión del proletariado pudiera acarrear. En cambio, la pequeña burguesía democrática, representada por el PANV, hizo el papel de la burguesía industrial, firmando el Pacto de San Sebastián, y comprometiéndose a conquistar un régimen de derecho, inspirado en la razón y en la libertad de conciencia, del que se tenía la seguridad que iba a reconocer la personalidad nacional de Euzkadi y Cataluña.

Efectivamente, el PANV contribuyó al advenimiento de la República, yendo en conjunción con los republicanos y socialistas en las elecciones municipales de abril, y, posteriormente, una vez constituido el régimen republicano, prestando sus hombres a las Comisiones Gesteras, de nombramiento antidemocrático y antipopular.

Empero, una vez comprobado que el régimen que se dio el pueblo en abril era vulnerado por los propios hombres y partidos que fueron encumbrados por la Revolución popular, el PANV debiera haberse retirado de las Comisiones Gestoras, y recuperando su libertad de movimientos respecto a los partidos socialista y republicanos, a quienes es dable imputar, por su sectarismo, el torpedeamiento de toda acción nacionalista pro Estatuto vasco. Esta actitud ha constituido el gran fracaso que impidió su ulterior desenvolvimiento, lleno de perspectivas halagüeñas cuando se organizó nuestro partido independiente. Ciertamente se retiraron de aquellos organismos; pero cuando ya era tarde, e inevitable que el PNV sacara el provecho consiguiente, minando su base y clasificándole entre los partidos gubernamentales. Con este error táctico contribuyeron a aumentar el volumen del movimiento nacionalista patrocinado por el PNV, y se vieron obligados, más adelante, a tomar posiciones falsas, tan negativas y demagógicas como la de llamar socialfascistas a los socialistas desde las propias columnas de su periódico oficioso.

Los acontecimientos desarrollados desde el año 1932 hasta la fecha han polarizado, en el interior de este partido, la relación de fuerzas, habiéndose perfilado tres tendencias perfectamente delimitadas por sus intereses de clase, entre las cuales se discute los resortes de supremacía y la dirección ideológica del movimiento.

Unos, los menos, se inclinan a la derecha, con el PNV, haciendo constar que el PANV se encamina por derroteros contrarios a los que impulsaron su constitución de 1930. Son miembros de la burguesía industrial, que entonces estaban situados en el terreno propicio a sus intereses de clase.

⁴⁸ «La Batalla», nº 5 (220), 11 de octubre 1935, p. 6.

En cambio, la pequeña burguesía democrática, la mayoría de los intelectuales del partido, constituyen el centro y son partidarios de una política afín a la propuesta por Azaña en sus últimos discursos, a quien prestarían todo su apoyo y colaboración. Por último, existen elementos pequeñoburgueses que tienen su punto de apoyo en los obreros nacionalistas, que gozan de cierta influencia entre los solidarios vascos (Sindicatos metalúrgicos y de la construcción), y que, contaminados de comunismo, quieren llegar al partido a una política socializante y nacionalista, definida en el anteproyecto del programa que presentarán en la próxima Asamblea general.

Sospechamos que en la Asamblea Nacional, que se celebrará en Éibar, sea esta última la tendencia que domine y se alee con la dirección. Lo sospechamos y lo deseamos. Pero mucho tememos que, como ocurre con la izquierda socialista española, se atrincheren en una posición afín al comunismo oficial, corriendo una experiencia —quizá necesaria en el proceso de diferenciación de estas fuerzas— que puede impulsar su incorporación al auténtico movimiento revolucionario marxista, o precipitarse en una táctica desesperada, negativa y separatista, al comprobar la vacuidad de los stalinianos que supeditan todo movimiento a los intereses de la diplomacia soviética

Prometemos tener a nuestros camaradas al corriente de cuanto suceda en dicha Asamblea y con este partido, pues tal movimiento nacionalista encierra una importancia particular para nuestro partido, que, si sabe enfocar dialécticamente el problema de las nacionalidades en Euzkadi, tiene asegurado su desarrollo en el País Vasco como tal partido obrero, capaz de transformar el movimiento nacionalista en movimiento socialista de las masas oprimidas contra toda forma de opresión.

José Luis ARENILLAS

LA LIBERACIÓN NACIONAL DE EUZKADI DEBE SER OBRA DE LAS MASAS OPRIMIDAS⁴⁹

Atravesamos en Euzkadi unos momentos de gran trascendencia política. En el transcurso de este año se ha operado un desplazamiento de la base de los dos Partidos Nacionalistas Vascos, cuya radicalización esta a punto de producir escisiones, desmembramientos, traslaciones y transformaciones inevitables. Las jornadas de Octubre pusieron al descubierto la verdadera naturaleza de los Partidos nacionalistas, que no estuvieron a la altura de su papel histórico, y abrieron una profunda brecha en el frente de lucha por la conquista de la soberanía de Euzkadi sobre si misma.

Después de haber asistido complaciente a los preliminares de la revolución, el Partido Nacionalista Vasco, que representa los intereses de la burguesía industrial y nacional, siguiendo su política de transacciones con los Poderes centrales, ha prestado su concurso y reiterado su confianza a los Gobiernos agrario-radical-cedistas, que se han sucedido en el mundo con fines contrarrevolucionarios.

Su actitud es de las que no dejan lugar a dudas. Desde los primeros instantes, se solidarizó con los Gobiernos de la represión, coadyuvando en la recuperación reaccionaria y centralista del capital financiero y la propiedad territorial, y contribuyeron a dismantelar las fortalezas democrático-burguesas en que se atrincheró la pequeña burguesía radical durante el primer bienio. A tal efecto, el PNV suscribió la derogación y conculcación de las leyes sociales y políticas de las Constituyentes. Ha pasado por alto, sin grandes forcejeos, la ley Municipal que restringe la autonomía de los Ayuntamientos. Ha dado sus votos a la contrarreforma agraria y a la ley de Arrendamientos rústicos, cuyas consecuencias han perjudicado notoriamente la bolsa de los campesinos vascos. Se ha sumado alegremente a la devolución de los bienes raíces expropiados a la nobleza con motivo de la intentona del 10 de agosto. En una palabra: En lugar de agregarse a la protesta de quienes intentan rescatar la República para entregarla en brazos de la burguesía liberal, como era su deber en defensa de los intereses de la clase que representa, el Partido Nacionalista Vasco ha significado el enemigo de las libertades populares y a los intereses del País Vasco, conformándose con vagas promesas de autonomía hechas por los equipos gubernamentales reaccionarios en momentos de debilidad, y relegando al olvido las campanas electorales contra los vestigios feudales y las fuerzas centralizadoras que ahogan la capacidad expansiva del capitalismo vasco y el contenido democrático del movimiento nacionalista

Pero los acuerdos entre la oligarquía dominante en España y la burguesía nacional vasca no liquidan el movimiento de emancipación nacional en Euzkadi, El PNV ha dejado de representar los intereses de la mayoría del pueblo vasco. Su política transaccional le ha descalificado como fracción nacionalista consecuente, descartándole de entre las fuerzas progresivas del país. La contradicción entre sus palabras de condenación centralista y la práctica de colaboración y solidaridad con los Poderes centrales, ha causado hondo malestar entre los más sinceros y ardientes defensores del nacionalismo vasco, que pugnan por sacudirse la tutela de la burguesía nacional. Los *mendigoitsales*, fuerza joven animada por la mística sabiniana de liberación nacional, están a punto de separarse del tronco nacionalista primitivo. Dirigidos por *Gudari*, que ha hecho del sabinismo y de la democracia social-cristiana una idea fuerza con la que pretende mover a la pequeña burguesía urbana y a los aldeanos vascos nacionalistas, se van a constituir en Partido político independiente, con objeto de luchar para lograr la soberanía del País Vasco. En virtud del fracaso de la política estatutaria, de compromisos y componendas, y obsesionados por la idea de insurrección, están dispuestos a pactar acuerdos circunstanciales concretos con las fuerzas que coincidan eventualmente con sus deseos de emancipación nacional.

⁴⁹ «La Batalla», n° 14 (229), 13 diciembre 1935, p. 4.

Por su parte, el Partido de Acción Nacionalista Vasca, que representa los intereses de la pequeña burguesía radical y nacionalista, ha celebrado su anunciada Asamblea Nacional, donde estuvieron representados el cincuenta por ciento de los efectivos del partido. El cuarenta y uno por ciento se inclinó por una política de izquierdas, en tanto que el otro nueve por ciento se pronunció por una política semejante a la que sigue el PNV. Como no estaba representada la mayoría efectiva de los afiliados al Partido, a instancias del ala derecha se acordó redactar una ponencia para ser presentada en las Juntas Comarcales, donde será sometida a referéndum. De partido caótico y desorganizado, sin contenido social bien definido, el PANV va a transformarse en Partido Laborista, con tendencia a seguir una política obrerista, socializante y nacionalista a la vez. Es c así seguro que la mayoría de los afiliados acepten sin esfuerzo la transformación. Los centristas del partido se trasladaron a la Izquierda Republicana, y el ala derecha se reintegrara al PNV.

La transformación apuntada encierra un gran interés para el desarrollo de la lucha de clases en Euzkadi. A través de este partido, podrán ir despertando a la conciencia política de clase los obreros vascos domesticados por la burguesía nacional. Si no traiciona sus fines, el PANV tiene que desarrollar su influencia entre los Sindicatos de Solidaridad de Trabajadores Vascos. Siguiendo el ejemplo del Labour Party, debe poner todo su empeño en conquistar la mayoría de los Solidarios, con objeto de transformar esta Central amarilla en sindicatos de clase. En ella estriba su porvenir como partido político de masas. Para lograr sus objetivos históricos, debiera organizarse como partido obrero, capaz de emancipar a los Solidarios de la domesticidad a que les tiene sometidos la burguesía vasca. Al coadyuvar en el desarrollo de la conciencia de clase entre los obreros vascos, no debe olvidar los intereses de la pequeña burguesía, ni los de los aldeanos expoliados por el fisco y por los dueños de los caseríos. Finalmente, deberá luchar por alcanzar una mayor claridad en sus principios y por la unidad de acción proletaria, hasta lograr la fusión de las Centrales sindicales y de los partidos obreros existentes en Euzkadi.

En el estado actual de crisis general y permanente de la economía capitalista mundial, el proletariado, la pequeña burguesía urbana y los campesinos coinciden en sus odios de clase. En lo sucesivo, el movimiento nacionalista será una lucha de clases que comprenderá a la pequeña burguesía, a los artesanos y pequeños comerciantes, a los pequeños industriales y los aldeanos vascos con el proletariado, por una parte, y por otra, a la burguesía nacional aliada con la oligarquía dominante española. El movimiento de emancipación nacional sólo podrá desarrollarse mediante una lucha de clases entre los explotados contra sus explotadores.

Por eso es necesario que el proletariado asuma la dirección de la lucha por las libertades democráticas y por la liberación nacional. Sólo la revolución democraticosocialista puede dar la libertad a los países oprimidos y resolver a la vez los problemas de las clases trabajadoras explotadas. La burguesía ha abandonado los intereses del pueblo vasco, y el proletariado se ha transformado en el fermento de la revolución democraticosocialista y en la fuerza motriz de la lucha por la liberación del País Vasco.

Nosotros vemos con simpatía esta polarización de fuerzas, que se verifica en detrimento de la burguesía nacional, porque el nuevo Partido Laborista que se cree puede ser el vehículo que transporte las ideas marxistas entre los obreros vascos, inconscientes desde el punto de vista de la lucha de clases y ligados a su burguesía nacional por el sentimiento nacionalista.

José Luis ARENILLAS

Bilbao, noviembre 1935.

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES IBERICAS⁵⁰

Las organizaciones del proletariado tienen que conquistar para el socialismo a la mayoría de las clases medias, atrayendo hacia su causa a los pequeños burgueses de la ciudad, a los aldeanos y a los pequeños propietarios del campo, y al movimiento de emancipación nacional. De esta manera se modificaran las relaciones de fuerzas entre la mayoría de la población hispánica y sus minorías privilegiadas, y podrá constituirse el Poder preponderante que someterá de grado o por fuerza a todos los demás poderes. La misión de la vanguardia de la clase obrera consiste en hacer que esta progresión siga su curso ininterrumpidamente hasta que los trabajadores destruyan por su propia fuerza al régimen actual.

Por nuestra voluntad instauraríamos inmediatamente la sociedad sin clases ni explotadores; pero como es imposible tal Utopía, sin pasar previamente por las fases de transición, reconocemos ciertas necesidades históricas, y las defendemos como etapas sucesivas en el curso del movimiento emancipador del proletariado. Una de las necesidades históricas que exigen una solución perentoria, es la conocida por el Problema de las Nacionalidades Ibéricas que, al parecer, va a tener una solución paliativa por medio de los Estatutos

El Estatuto de Euzkadi y Galicia, como el de Cataluña, satisfará a muy pocos; pero tendrá la virtud de desvanecer muchísimas ilusiones y de acelerar la lucha de clases entre los explotados y sus explotadores en dichos países. Defenderlos en estos instantes equivale a precipitar la cuestión nacional, a fin de que el problema entre en una nueva fase de su desarrollo.

Pero el Estatuto y las libertades políticas no pueden ser la meta final de las masas laboriosas de Euzkadi, Cataluña y Galicia. No podemos confundir la parte con el todo, identificando el medio con su finalidad. La liberación política no equivale a la emancipación social. Por el contrario: la liberación política esta condenada a perecer si no se consolida con la emancipación económica. Abandonada a sí misma, separada del movimiento de emancipación integral, las libertades políticas, como los Estatutos de autonomía, se hacen reaccionarios, cayendo presas en las redes de sus propias contradicciones.

Toda modificación del régimen político sólo puede constituir el primer paso y el medio que conduce a la emancipación de la humanidad. El mundo del trabajo no puede ser libertado políticamente si no realiza al propio tiempo su emancipación económica. Hasta en régimen de la más amplia democracia política conocida, las libertades políticas no pueden resistir, si no se verifica paralelamente la emancipación del trabajo y de los trabajadores, porque *«el régimen político del productor no puede coexistir con la prolongación de su esclavitud social»* (Marx).

El obrero no vende al capitalista su trabajo, sino su fuerza de trabajo, esto es, se vende a si mismo considerado como productor, por un cierto número de horas todos los días. El obrero no cuenta más que como tiempo de trabajo cuajado. *«El tiempo es todo, el hombre no es nada; a lo sumo, es el carcaj del tiempo»* (Marx). Esta reducción del hombre al tiempo de trabajo, que es la esencia misma del sistema capitalista, determina la verdadera posición del ciudadano asalariado en la sociedad burguesa, y sus libertades políticas, por muy grandes que sean, nunca llegan a contrarrestar ni a modificar seriamente la inhumanidad de la sujeción económica

* * *

El proletariado revolucionario esta en la obligación de apoyar resueltamente todo movimiento de emancipación nacional, siempre que no vaya dirigido contra el movimiento de la clase obrera. *«Todos los partidos comunistas deben apoyar con la acción en estos países (los oprimidos) los movimientos revolucionarios de autonomía, únicamente con el fin de reunir los elementos integrantes de los futuros partidos proletarios y educarlos en el conocimiento de su labor particular»*

⁵⁰ La Batalla», n.º 258, 3 julio 1936, p. 4.

(Lenin), que es la Confederación de Estados proletarios constituida sobre la base de su unidad política y económica

Pero, *«para que los pueblos se unan, en el sentido general de esta palabra, es necesario que tengan intereses comunes. Y para que lleguen a tener intereses comunes, es indispensable la previa abolición del régimen de propiedad imperante, pues este régimen es precisamente el que determina la explotación de unos pueblos por otros. Sólo la clase obrera esta interesada en la abolición del régimen de propiedad vigente. Sólo ella posee los medios para conseguirlo. El triunfo del proletariado sobre la burguesía pondrá fin a la par a los conflictos nacionales e industriales, que son la causa actual de la hostilidad de unas naciones contra otras. Por consiguiente, el triunfo del proletariado sobre la burguesía será la serial de la emancipación de todas las naciones oprimidas»* (Marx). Esto explica por que" la lucha de los vascos, catalanes y gallegos por su libertad nacional, tiene un interés particular para los trabajadores españoles. *«Ninguna nación puede ser libre mientras mantenga a otra encadenada»* (Marx). Por consiguiente, la emancipación de España no será posible mientras los trabajadores españoles no se sumen al movimiento de las nacionalidades oprimidas y liberen a los vascos, gallegos y catalanes del yugo de la opresión nacional. A su vez, los trabajadores de Euzkadi, Galicia y Cataluña tienen la obligación de defender la libertad de unirse, para más adelante, con los trabajadores libres de las otras nacionalidades ibéricas, apoyando su movimiento de emancipación social, y luchando por la unidad de todo el proletariado hispánico.

La organización de combate de la clase obrera sólo puede llenar sus funciones teniendo en cuenta las particularidades concretas de cada sector del frente de la lucha de clases revolucionaria. Cando Lenin redactaba el llamamiento a los obreros musulmanes de Rusia y Oriente, publicado el 22 de noviembre de 1917, tenía en cuenta las características de los pueblos oprimidos, esclavizados, conquistados y «protegidos» durante siglos por el imperio de los zares. *«Hemos declarado libres e inviolables —dice el manifiesto—, de aquí en adelante vuestras creencias y vuestras costumbres, vuestras instituciones nacionales y culturales. Organizad libremente, sin trabas, vuestra voluntad nacional. Los dueños de vuestros pueblos sois vosotros mismos. Tenéis vuestros destinos en vuestras propias manos.»*

Este era el camino que había que seguir para atraer a la causa de la revolución proletaria a los pueblos oprimidos. Y es que aun cuando los bolcheviques estuvieran convencidos de que el socialismo integral es lo más justo, de que la sociedad sin clases ni explotadores es lo más admirable, no eran los deseos del partido los que había que satisfacer, sino que era la voluntad de la mayoría de los pueblos oprimidos y sus realidades concretas lo que había que cumplimentar, por ser imposible instaurar de un solo golpe la sociedad soñada.

Por eso las organizaciones de la clase obrera deben mantener un estrecho contacto de codos y luchar en unión de las masas nacionalistas, de esas masas que en Euzkadi, Cataluña y Galicia se encuentran de momento enroladas en el movimiento de emancipación nacional, advirtiendo, no obstante, que esas masas nacionalistas, de composición social abigarrada, tendrán que luchar en unión del proletariado revolucionario y bajo su dirección, o de lo contrario no lograrán la soberanía de sus respectivos países. *«O reciben de manos del proletariado su verdadera libertad, en colaboración con él, y bajo su dirección, o están destinadas a ser víctimas de su propia burguesía y de la camarilla centralista que les oprime»* (Lenin).

Nuestra position, respecto a este problema, consiste en apoyar resueltamente el movimiento liberador de Euzkadi, Cataluña y Galicia, desde el Estatuto, hasta su constitución en Estado independiente, si ésta fuera la voluntad de la mayoría. Pero el Estatuto de autonomía es, para nosotros, solamente una estación de transito, una nueva base de operaciones, desde donde sin detenernos, y enfocando el problema en su verdadero terreno de clase, ayudaremos a las masas pequeño-burguesas de la ciudad y del campo, a encontrarse a si mismos, para impulsar el proceso histórico en presencia hasta su transformación en revolución socialista

José Luis ARENILLAS

EL PROBLEMA NACIONAL DE EUZKADI⁵¹

El predominio de la economía agraria, de tipo feudal, sobre la industria, de técnica capitalista, ha sido la causa determinante de la mayoría de conflictos que se han producido. Las supervivencias feudales, que sujetan a los campesinos a la tierra, estorbaban el desarrollo del capitalismo en la Península, cuya vida social y política se ha desenvuelto bajo el signo de la contradicción entre el incesante, aunque lento, desarrollo de la industria —que agravaba la crisis crónica del agro español, porque con una técnica atrasada estaba sometido a condiciones de cambio muy desarrolladas—, y los efectos originados por esta crisis, que repercutían sobre el desenvolvimiento industrial, al cual frenaban.

Los campesinos, constantemente depauperados, despojados por los especuladores, el fisco, los terratenientes y el Estado latifundista, aumentaban muy lentamente su demanda de productos industriales. Para defender los intereses de la propiedad territorial y de las castas feudales dominantes, los Gobiernos españoles hubieron de obstaculizar la formación de un mercado interior, condición *sine qua non* de la industria capitalista, ayudando a los terratenientes, por todos los medios disponibles, a saquear y arruinar a los campesinos. Tuvieron que concurrir circunstancias extrañas para que el capitalismo español pudiera alcanzar la capacidad de producción que hoy posee.

La guerra europea y el desarrollo del capitalismo vasco

La guerra europea impulsó con ritmo acelerado el desarrollo del capitalismo en Euzkadi. Embriagada la burguesía vasca por sus éxitos y por el crecimiento incesante de la producción industrial, perdió la escasa noción que tenía de la necesidad de articular la lucha por la conquista de la soberanía del País Vasco, y se dedicó, con preferencia, a organizar los negocios con arreglo a las exigencias impuestas por los nuevas condiciones que surgieron durante la guerra imperialista.

La ofensiva nacionalista se atenuaba al calor de la carnicería que tan pingües beneficios reportaba, pasando a primer piano el capital financiero con todas sus peculiaridades. A su hegemonía se sometieron la burguesía comercial e industrial, la circulación y las formas de cambio. Apareció entonces la concesión de créditos en gran escala con el fin de que la producción siguiera su curso ascendente. Los Bancos otorgaban grandes facilidades a la grande y pequeña burguesía para que prosiguieran sin interrupciones el ciclo de su producción, antes de haber realizado el mercado las mercancías producidas en el ciclo precedente. La capacidad y tendencia expansiva del capital le impulsaba a ensanchar sus límites, y la burguesía se preocupaba por crearse un campo de operaciones más extenso. De país exportador de materias primas, el País Vasco se convirtió, además, en poco tiempo, en exportador de productos transformados. La emigración a Hispano-América descendió verticalmente. El desarrollo de la producción industrial, del comercio exterior y de los transportes, ofrecían ocupación al ejército permanente de los sin trabajo de toda la Península, que se proyectaba en masa sobre Euzkadi.

El desarrollo del capitalismo vasco fue tan rápido que, favorecido por estas circunstancias, en pocos años se produjeron transformaciones que en otros países necesitaron décadas. A partir de aquel instante entraba en una nueva fase de su desarrollo, en el imperialismo económico, en la época de su exportación de capitales a España, donde la burguesía vasca tiene actualmente invertidos, entre acciones y obligaciones, 1.569.017.250 pesetas, en empresas domiciliadas en el País Vasco, que

⁵¹ «La Nueva Era», nº1, enero 1936, pp. 2G-24

despliegan sus actividades fuera de él, y 4.713515.000 pesetas en empresas de domicilio no vasco, cuyo capital es, en su mayor parte, vasco.

Era la época esplendorosa del pueblo vasco, emporio de riquezas, donde todo respiraba prosperidad, dinero y diversión. Con el desarrollo del capitalismo se ponían nuevos cargos a disposición de las clases medias que se formaban, a quienes se les encomendaba la misión de organizar simultáneamente la producción industrial y la explotación del hombre por el hombre, llegando de esta suerte a identificarse con el sistema capitalista que les nutría, y a concebir sus métodos de producción como los únicos posibles. El campo de la política fue, en apariencia, abandonado a la pequeña burguesía y al proletariado indígenas, que vivían convencidos del tesón y la capacidad creadora de los hijos de Euzkadi.

El florecimiento industrial tuvo una gran importancia y repercutió considerablemente sobre la contextura social y económica de Euzkadi. Gracias a la incesante afluencia de capitales, procedentes de los vascos que emigraron a América, se crearon gran número de fábricas dotadas de maquinaria moderna, cuya puesta en marcha contribuyó, naturalmente, a la formación de la clase obrera vasca, la cual, en virtud de su concentración, pasaba a ser un factor de primer orden en el desenvolvimiento social y político del país.

El crecimiento de la clase obrera acompañaba al desarrollo del capitalismo. Paralelamente se desarrollaba la conciencia y la organización del proletariado, que doblegado a la creciente explotación, respondía con una serie de huelgas por reivindicaciones de carácter inmediato, que alcanzaron resultados victoriosos bajo la dirección del Partido socialista. Ya no eran los mineros los únicos que se levantaban contra la explotación del capital. Los metalúrgicos y los obreros de la construcción eran ganados para las luchas sociales por la acción socialista y participaban en huelgas de varios meses de duración, que evidenciaban la solidaridad y la capacidad de resistencia del proletariado vasco y le hacían cobrar confianza en sí mismo y en su creciente potencialidad. La concentración del capitalismo euzkeldún hacia de la clase obrera vasca la más homogénea de la Península, lo que explica el sinnúmero de conflictos sociales habidos en el país en aquella época. El capitalismo vasco atravesaba un periodo floreciente que le permitía mejorar la suerte de los trabajadores, sin menoscabo de sus beneficios, y cedía, tras de cuenta oposición, ante la ofensiva organizada y el empuje arrollador de la clase obrera.

Las vacilaciones de la pequeña burguesía y la mansedumbre de la burguesía industrial

A pesar de que la burguesía agraria y los terratenientes —que atravesaban un proceso lento de aburguesamiento— obtuvieron su parte correspondiente en la distribución de los beneficios que a España reportó la guerra europea, el capitalismo industrial y financiero llevaban camino de asimilarse a la España semifeudal. Los años 16 y 17 fueron los únicos en que la Hacienda española cerró su balance comercial con superávit. La exportación de productos industriales superó a la exportación de productos agrícolas. Renació con tal motivo la conciencia nacional en la burguesía de los pueblos de la Península económicamente más adelantados, y se fortaleció, al percatarse que la correlación de fuerzas se había modificado sensiblemente a su favor. El nacionalismo de los países industriales crecía y se aprestaba a dar la batalla a los restos feudales que les oprimían. La prosperidad económica les daba alas. La emoción nacional de vascos y catalanes entraba en uno de sus periodos culminantes. La ola nacionalista ascendía al amparo del florecimiento industrial de Euzkadi. Era ya posible abatir la dictadura agraria de los terratenientes castellanos, andaluces y extremeños, a la que había de oponerse la fuerza unificada del capitalismo minero e industrial de Asturias, Cataluña y Euzkadi. Bastaba tan sólo con que apoyara el movimiento la pequeña burguesía democrática, y que, por su mediación, se consiguiera la participación del proletariado minero e industrial. Efectivamente: se

inició un movimiento democraticoburgués que tuvo la virtud de mostrar la voluntad de lucha de la clase obrera, las vacilaciones y cobardía de la pequeña burguesía radical y la mansedumbre de la burguesía peninsular.

El reflejo de las convulsiones que padecía el pueblo ruso, la situación floreciente del capitalismo y del proletariado en 1917 y el continuo tira y afloja que la burguesía nacionalista sostenía con los terratenientes y su expresión política, la monarquía absoluta, fueron otros tantos factores que impidieron al pueblo vasco conquistar su soberanía, y a España emprender su revolución democrática burguesa.

Aun cuando las cosas no se suceden con la simplicidad que las enunciamos, todo hace suponer que de no haber retrocedido en los momentos decisivos de la lucha, la burguesía industrial de Cataluña y Euzkadi hubiera conseguido, por lo menos, el reconocimiento de su autonomía, andando con paso firme una parte del camino que había de recorrer para alcanzar un régimen de derecho. Pero el pánico fue superior al deseo de triunfar y se vivía en una época de prosperidad que hacía de la burguesía una clase eminentemente conservadora. No podía arriesgar ni un ápice de su situación privilegiada, sacrificando su posición económica por un porvenir político que se presentaba inseguro y preñado de peligros. El rumor de la revolución rusa paralizó el movimiento revolucionario, e inauguró una colaboración entre la propiedad territorial, la burguesía industrial y el capital financiero, abriéndose un paréntesis pseudoconstitucional que se cerró en 1923 con el golpe de Estado primorriverista .

La política económica de la dictadura

Por no poderse adaptar a las nuevas condiciones de la posguerra, el capitalismo vasco sufrió serios contratiempos que hubo de superar mediante primas de protección recibidas de los hombres que representaban en el Gobierno a la propiedad territorial y a los restos feudales.

Las castas dominantes, ignorantes de suyo y desaprensivas, creían que bastaba copiar las formas adoptadas por el imperialismo económico, adaptándose al espíritu de los tiempos, y prosiguiendo el camino transaccional entre la burguesía, por una parte, y los terratenientes y la monarquía feudal, por otra, para que al solo conjuro de unos decretos, la economía española en su conjunto abandonara su inercia, y se incorporara al ritmo del capitalismo mundial. En su alianza con la oligarquía financiera y monopolista, creían que sin destruir la monarquía absoluta, la posesión feudal de la tierra y el poder de los terratenientes, se podría impulsar artificialmente el desenvolvimiento industrial de España

En 1923, como en la actualidad, a los cuatro años de régimen republicano, la capacidad de producción del capitalismo peninsular era superior a la capacidad adquisitiva del pueblo español. Las dificultades que salieron al paso del capitalismo después de la guerra, al restringirse el mercado exterior, sólo podían ser superadas por un mercado interior que respondiera a las facultades de producción del capitalismo industrial. Pero para que *este* hecho se produjera, era preciso transformar en relaciones capitalistas las relaciones feudales de propiedad que dominan el agro español, o sea, que se precisaba una revolución agraria, que no podía realizarse por aquellas fuerzas sociales interesadas en conservar la propiedad territorial en su forma feudal.

La acción tutelar del Estado español, que protege indistintamente a las industrias claves y a las regiones cerealistas, queda explicada como resultado de esta simbiosis agroburguesa, que responde a la correlación de fuerzas en presencia. El Estado central pasó a ser en poco tiempo una gigantesca empresa combinada, dirigida por los reyes de las finanzas y por los terratenientes. El nacionalismo de los países oprimidos menguaba presionado por la dictadura militar y se plegaba a las nuevas funciones del capital. Perseguido duramente por la dictadura pretoriana, todas sus organizaciones fueron disueltas, todos sus centros cerrados, atropelladas su lengua, su enseña y sus costumbres, y muchos de sus hombres encarcelados y desterrados. Pero el contenido democrático del nacionalismo estaba en las relaciones sociales, y la lucha por la emancipación nacional no tardaría en resurgir potente y organizada en cuanto hubiera un poco de libertad que le permitiera moverse.

El movimiento nacional durante la dictadura

Durante todo el tiempo que duró la dictadura militar se había operado un cambio notable en la conciencia de las masas pequeñoburguesas, defraudadas en su nacionalismo por las continuas transacciones y devaneos de la burguesía vasca con las castas opresoras. Se percataron de que el nacionalismo jelistá (acróstico de Jaungoikoa eta Lagi Zara: Dios y leyes viejas) era incapaz de conseguir la soberanía de Euzkadi sobre sí misma, y abandonaron su tutela, aproximándose a las organizaciones proletarias y a las masas pequeñoburguesas, no nacionalistas, que luchaban denodadamente por derrocar el poderío del absolutismo, y que reconocían en sus programas el derecho del País Vasco a su autonomía. De este descontento surgió el Partido de ACCIÓN NACIONALISTA, cuyo contenido programático es netamente pequeñoburgués

El nacionalismo confesional de JEL no correspondía a las relaciones económicas condicionadas por el estado de las fuerzas productivas de Euzkadi. La burguesía vasca no había sabido asimilar las experiencias de otros países que se hallaron en idéntica o parecida situación. Siempre ha ido a remolque de los acontecimientos, sin capacidad para prever lo que había de suceder, porque su catolicismo de propaganda limitaba su acción, obligándolo a permanecer al margen de todo movimiento que se iniciara bajo el signo de la libertad de conciencia, como fue la revolución que culminó en abril del 31. No obstante haber sido requerida, se negó a firmar el Pacto de San Sebastián, que le hubiera colocado en situación excelente para conseguir sus fines nacionales. El papel desempeñado en esta ocasión por el Partido NACIONALISTA VASCO (el partido de la burguesía industrial) ha sido mezquino. Otro rumbo hubieran tornado los acontecimientos en Euzkadi de haberse comprometido en aquella ofensiva victoriosa contra los restos del feudalismo

La república y el problema nacional Euzkadi

La revolución triunfante en abril del 31 se encontró con un problema cuya naturaleza no supieron reconocer sus dirigentes. Los primeros gobernantes de la República prosiguieron la tradición de la monarquía absoluta sobre el problema de las nacionalidades. Reconocieron, como aquella, sobre el papel, la existencia de las particularidades nacionales, y prometieron lo que de grado nunca habían de conceder, porque estaban encadenados a parecidas relaciones de clase, aun cuando la hegemonía política pasara, en apariencia, a manos de la pequeña burguesía radical.

Los Municipios con mayoría nacionalista proclamaron la República vasca vinculada en federación con la República española y reclamaron la derogación de la Ley de 1839 y el retorno a las viejas instituciones del País Vasco. «Esta idea, acordada el día 14 en el Ayuntamiento de Guecho, fue aprobada el día 15 por numerosos Municipios de Vizcaya, y el día 16 se convocaba a Juntas Generales en Guernica para el día 17 de abril de 1931».⁵² Bajo el «árbol santo» fueron invitados a una Asamblea todos los Municipios vascos, con el fin de restaurar las Juntas Generales históricas que en otros tiempos expresaban la soberanía de Euzkadi. No obstante las promesas hechas con anterioridad por los prohombres republicanos y socialistas —entre los que descuellan las declaraciones de Prieto, que prometió «una autonomía como nunca los vascos pudieron soñar»—, las autoridades que representaban en el País Vasco al Gobierno Provisional de la República suspendieron el acto y dispusieron la movilización de tropas, truncando, de esta suerte, una vez más, el anhelo vasco de libertad. Con tal proceder dieron lugar a que se exacerbara la emoción nacional de los vascos, cuyo movimiento democrático fue sofocado a pretexto de un ataque al nuevo régimen, y dejaron pendiente de solución uno de los problemas claves de la revolución democraticoburguesa

A partir de entonces los nacionalistas provocaron e impulsaron la campaña pro Estatuto vasco, que, culminando en el acto de Estella, encontró su mayor eco en los sectores reaccionarios del país. Los partidos republicano y socialista lo tildaron de reaccionario y tendencioso, significando que, de llevarse a cabo, serían las fuerzas gubernamentales quienes redactarían la Carta autonómica, por ser las únicas defensoras de las libertades populares. Semejante actitud señalaba bien a las claras la trayectoria sectaria (en el sentido de la política de clientelas o política de corto alcance) que habría de llevar la República durante el bienio, que, por esta causa, dejó en el aire todos los problemas que la revolución tenía planteados en España. No hay que olvidar que aquel movimiento reunió en Estella a la casi totalidad de los Municipios vascos que, en aquella ocasión, expresaban la voluntad popular.

Ocupados en afianzar la República democrática (?) con el fin de conservar sus privilegiadas posiciones en las entidades oficiales y en las Comisiones Gestoras, de nombramiento gubernativo y antipopular, persiguieron toda tentativa encaminada a conseguir la legitimación de la autonomía del País Vasco. Mientras que los Municipios patrocinaban un Estatuto con facultad para regular las relaciones de la Iglesia y el Estado, y el régimen de cultos, al margen de lo que pudiera legislarse por el Estado español, las Comisiones Gestoras se reservaron «la facultad de redactar el Estatuto de autonomía del País Vasco, a cuyo fin designaran unas ponencias redac2

toras del mismo».⁵³ Actitud que contrastaba con las declaraciones de Prieto, hechas en nombre y representación del Gobierno Provisional, quien al recibir de los comisionados vascos afines a la sugerencia de que partiera la ponencia de las Comisiones Gestoras, opuso la observación de que tratándose de obra tan fundamental, la composición de esas Comisiones supondría para el Estatuto una tara que podía hacerles vulnerables a cierta crítica reputada con vicio de origen. Y por ello estimaba preferible que el Estatuto naciera de los Ayuntamientos elegidos

⁵² Aguirre, «Entre la libertad y la revolución»

⁵³ Aguirre, «Entre la libertad y la revolución»

libremente por el sufragio del país.⁵⁴ No obstante estas declaraciones terminantes, la campaña de socialistas y republicanos contra la autonomía se acentuó a medida que se consolidaba su posición en la República. Desde entonces el Estatuto sirvió para lograr la constitución de un bloque católico-feurista, para la defensa de los altos intereses de la Iglesia, la plena restauración foral y el Estatuto, bloque que tomó el nombre de minoría Vasco-navarra en las Constituyentes.

El llamado Estatuto de Estella, aprobado por la Asamblea de Municipios vascos, celebrada en aquella localidad el 14 de junio de 1931, fracasó porque sus defensores lo supeditaron todo a la pretensión de cristianizar Euzkadi. Al parecer, este fue el motivo principal, por no ajustarse su contenido al laicismo del Estado español. Pero la realidad nos dice que todo obsedería a ceguera histórica de las fuerzas gubernamentales respecto a los problemas de la revolución democraticoburguesa, pues de lo contrario, no se concibe que se opusieran, posteriormente, al Estatuto laico que recibió refrendo popular en noviembre del año 33. Ya en periodo constituyente, Prieto aprobó la actitud de las Comisiones Gestoras y de los partidos republicano y socialista, desdiciéndose de sus anteriores promesas y declaraciones.

El Partido de la burguesía vasca supeditó, una vez más, la consecución de las libertades arrebatadas por la ley de 1839 a su sectarismo religioso, indisponiendo los ánimos de aquella Cámara laica contra un Estatuto que aceptaba las garantías individuales y sociales que figurasen en las Constituyentes. Aprobaron el Estatuto de Estudios Vascos, incluyendo la facultad de concertar con el Vaticano, porque, desvirtuando su esencia, hicieron del nacionalismo un instrumento para los fines de la Iglesia. Al propio tiempo, los republicanos y socialistas repudiaron el contenido democrático del Estatuto, invocando un espíritu liberal *sui generis*, y haciendo de la democracia un instrumento para sus fines particulares y de partido. Ambas fuerzas sociales defendían todo menos lo que decían defender...⁵⁵

El papel desempeñado en el bienio por la pequeña burguesía democrática, no nacionalista, y por la aristocracia obrera (esa nueva pequeña burguesía que se ha ido formando en las oficinas sindicales y en los Partidos sin que hasta la fecha haya sido desplazada de la dirección del movimiento obrero), no ha podido ser más funesto para la autonomía del País Vasco. Por su mediación se estableció una estrecha alianza con el Gobierno centralizador, a quien representaban en Euzkadi. Mientras que el Partido comunista se limitaba a consignar «todo el Poder para los Soviets», ellos se preocupaban en consolidar un estado de cosas que tanto les beneficiaba

En un momento de borrachera renunciaron a sus propagandas autonómicas del periodo heroico, traicionando sus programas y quebrantando el Pacto de San Sebastián en la parte correspondiente al poder «deferido por la soberanía popular, a cuyos mandatos prestaran únicamente acatamiento». Aprovechándose de los cargos políticos y administrativos que desempeñaban, reprimieron con dureza todo conato de expansión del movimiento nacionalista vasco, por su carácter ultramontano y reaccionario, sin considerar que cuanto más decisiva y consecuente fuera la solución dada al problema de las nacionalidades, con tanta mayor fuerza y rapidez se iría desarrollando la lucha de clases del proletariado contra su propia burguesía nacional.

⁵⁴ Idem.

⁵⁵ En julio pasado apareció en la prensa el dictamen de la Comisión de Estatutos sobre el proyecto relativo a la región autónoma vasca, que, si bien garantiza las libertades políticas y sociales citadas en la Constitución de la República española, no admite comparación con los Estatutos precedentes, porque, en el mejor de los supuestos, va a ser otorgado precisamente cuando aquellos derechos políticos y sociales están conculcados.

El proletariado ante el problema nacional

Para la clase obrera, el apoyo resultó a los movimientos nacionales descansa en una necesidad histórica evidente, que requiere plena satisfacción, como es, en el caso que nos ocupa, la existencia de EUZKADI-NACION.

El País Vasco es un hecho social evidente e ineludible, pues reúne un conjunto de particularidades que le diferencian, por ejemplo, de Castilla y Andalucía. Euzkadi es un país de capitalismo industrial que posee una lengua milenaria, una cultura, un carácter nacional y demás elementos constitutivos de una nación, con su territorio, su economía, de donde extrae su contenido y su fuerza motriz el movimiento de emancipación nacional. El nacionalismo tiene un carácter progresivo, en comparación al régimen centralizador impuesto por la propiedad territorial, y será reaccionario o revolucionario a medida que lo sean las fuerzas sociales que lo dirijan; pero, sobre todo, esta cualidad dependerá de la participación que en el mismo tenga el proletariado revolucionario.

El problema de las nacionalidades es un postulado de la revolución democraticoburguesa que no ha encontrado solución en la República de Trabajadores de todas clases. Ante una burguesía inepta, como la vasca, a ratos claudicante, siempre reaccionaria, vacilante y cobarde; incapaz de realizar los fines de la revolución democrática; preocupada por sus beneficios, interesada en conservar integro el capital invertido en España; esterilizada por los antagonismos de clase y atemorizada ante la perspectiva de perder más de lo que habría de ganar; y con una pequeña burguesía democrática, y un partido socialista que, por falta de sentido histórico, no reconocían el principio del derecho de las nacionalidades a la gestión de su soberanía (siempre que ésta fuera la voluntad de la mayoría de la población), se abrían amplios horizontes al Partido revolucionario del proletariado para que pudiera impulsar el movimiento de emancipación nacional por sus cauces verdaderos. Pero por encontrarse ausente dicho partido, la clase obrera no supo ponerse al frente del movimiento nacional a fin de transformarlo en movimiento socialista de las masas oprimidas contra toda forma de opresión.

José Luis ARENILLAS

JOSÉ MARÍA ARENILLAS: EUZKADI, LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

La situación actual de Euzkadi⁵⁶

Trataremos de exponer brevemente en este artículo la historia del movimiento en Euzkadi, su situación actual, las fuerzas que allí se debaten y los factores sociales que las mueven. Resulta necesaria esta investigación general de la historia del país —siquiera en forma tan sucinta— para poder enfocar en su justa perspectiva los problemas sociales y políticos de la Euzkadi actual. De esta suerte no solamente habremos logrado explicar los fenómenos actuales, sino que estaremos también en medida de prever el desarrollo de sus fuerzas y la perspectiva que presenta la creación de un movimiento obrero independiente

Rápidamente esbozamos en las primeras líneas la evolución de la sociedad euzkeldun, así como la de sus fuerzas intrínsecas. Más tarde veremos a estas fuerzas sociales vivir y actuar

Las características del desarrollo de Euzkadi

La primitiva base de su riqueza reside en la abundancia de mineral de hierro en la provincia de Vizcaya. Ya en el año 1899 Vizcaya exporta, aproximadamente, unos 6.000.000 de toneladas. Al amparo de esta riqueza surgen las industrias metalúrgicas en el país, pero hacia el año 1900 las industrias mineras, navieras, metalúrgicas y ferroviarias adquieren un portentoso desarrollo que es juzgado por los economistas burgueses como prematuro. La verdad es que en la industria vasca se repite la ley del desarrollo combinado. Nacida tarde, no repite la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a estos adaptando a sus atrasos propios las conquistas más modernas de la técnica. Gracias a este salto de una serie de etapas técnico-industriales que en Europa llevaron décadas, la industria vasca ha podido desarrollarse con esa rapidez extraordinaria que los economistas burgueses califican de prematura.

Si el termómetro fundamental para medir el nivel económico de un país es el rendimiento del trabajo, que a su vez depende del peso específico de la industria en la economía general del país, Euzkadi, centro industrial por excelencia, ocupa en el concierto económico de la República española el primer lugar. No solamente su exportación de mineral de hierro es considerable, sino que también lo es la de productos manufacturados. Su producción sidero-metalúrgica se cifra en el 90 por 100 de la total española. Para las necesidades de estas industrias cuentan con las propiedades mineras de carbón en las zonas de Asturias y León. El número de pequeñas industrias con menos de 100 obreros y las medianas con un mínimo de 100 a 1.000 obreros es bastante elevado. Sin embargo, los gigantescos centros fabriles, que ocupan a millares de obreros, son su característica principal.

Prontamente había de darse la fusión del capital industrial con el bancario, y, en efecto, se produce esta fusión en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. La mediatización de la industria por los bancos equivale a su mediatización por el capital financiero. así las industrias pesadas y las derivadas de estas se hallan por entero sometidas a su control. Puede juzgarse de la

⁵⁶ «La Nueva Era», nº 7, marzo-abril 1937, pp. 125-133.

importancia creciente del capital financiero por las modificaciones que ha experimentado. En efecto, en el año 1882 el capital bancario euzkeldun se hallaba representado por 2 millones de pesetas de capital, 12 millones de pesetas en cuentas corrientes y 250 millones de pesetas de valores en custodia. En 1934 el capital financiero se cifra en 303 millones de capital y reservas, 2.461 millones en cartera y créditos, 1.609 millones en cuentas acreedoras y 5.716 millones en depósitos de valores. No solamente controla toda la industria del País Vasco, sino que exporta su capital hacia otras regiones españolas, invirtiéndolo en ferrocarriles, metropolitanos, minas, instalaciones eléctricas, construcciones de todas clases. Las grandes compañías de ferrocarriles, Norte y M. Z. A., dependen en gran parte de este capital financiero. A la tutela económica de éste no han escapado ni los pequeños ferrocarriles provinciales ni los metropolitanos de Madrid y Barcelona, ni los tranvías de esta última ciudad, de Alicante, de Granada y tantos otros. Y para terminar su control sobre la siderurgia, financia en Levante las más fuertes empresas con 400 millones de pesetas. En las empresas hidroeléctricas, el 48 por 100 de la potencia instalada, así como el 57 por 100 de la producción, le pertenecen

En las relaciones económicas que sostiene con el Estado español, el capital financiero euzkeldun no se ha mostrado nunca remiso. En la actualidad puede considerarse su inversión de capital en deuda pública en unos 2.000 millones de pesetas, lo que viene a ser el 12 por 100 del total. Y, por último, un factor de una importancia internacional lo constituye la exportación de sus materias primas. Euzkadi exporta hacia Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Holanda mineral de hierro en abundancia. Inglaterra importó de Euzkadi, en el año 1913, el 65 por 100 del consumo inglés, y si en la actualidad este tanto por ciento se ha reducido como consecuencia de las exportaciones de mineral de hierro de África, las relaciones euzko-inglesas nada padecen con ello, pues los yacimientos Africanos pertenecen al capital financiero vasco también.

Refleja este cuadro a grandes trazos la situación económica de Euzkadi. Sin embargo, ha de añadirse un factor cuya importancia no escapara al lector: muchas de las grandes propiedades en Euzkadi se hallan en manos de extranjeros que cotizan los beneficios obtenidos en el ahora territorio autónomo y su influencia política en todos los parlamentos.

El juego de los partidos políticos

Al tiempo que florece la industria surge una clase: el proletariado. Esta clase no fue formándose en Euzkadi paulatinamente a lo largo de los siglos, arrastrando tras de sí el peso del pasado, como en Inglaterra; sino a saltos, por una transformación súbita de las condiciones de vida, de las relaciones sociales.

El desarrollo de la clase obrera vasca es paralelo al desarrollo de la industria. La lucha de clases que inevitablemente resulta de la estructura y funcionamiento de la economía capitalista desarrolla la conciencia y, por ello, la organización del proletariado euzkeldun. La intensa concentración industrial supone de suyo una concentración proletaria intensa. La obtención del lingote de acero y la edificación sidero-metalúrgica son las dos manifestaciones que sostienen la zona más densa de la mano de obra.

Los obreros de Euzkadi asimilan rápidamente las conclusiones más avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria vasca, llegada al mundo con retraso, asimila las últimas conquistas de la organización capitalista; y bajo la dirección del Partido Socialista se producen huelgas frecuentes por reivindicaciones inmediatas. La clase obrera vasca pasa a ser la más homogénea de España. La expansión del capital y la apertura de nuevos mercados que se producen con la guerra imperialista de 1914 a 1918 suscita un nuevo impulso de la industria euzkeldun. Los

antagonismos de clase se ven un tanto remitidos, porque la clase obrera se beneficia en cierta medida de esta prosperidad. Puede buscar un acomodo menos mísero y mejorar un tanto su situación social.

El Partido Comunista surgió de la escisión socialista en el año 1921. Numéricamente fuerte en aquella época, la política aventurera seguida por sus dirigentes había de debilitarse hasta el punto de perder toda influencia en el proceso político-social del país. Nuevamente, y a favor de los periodos de crisis económica, en el año 1930 logra poseer una influencia, pero ésta parece crecer bastante a partir del advenimiento de la República, para decaer más tarde, sobre todo a partir del movimiento de octubre de 1934. El movimiento actual lo eleva en los primeros meses al rango del partido obrero más fuerte en Euzkadi. El fenómeno, por otra parte, se produce en toda España. En los lugares en los que el Partido Socialista contaba con fuerza, el partido staliniano crece enormemente en detrimento de aquél.

El incremento de la producción de mercancías hace aumentar el comercio vasco. La concentración industrial supone, efectivamente, que entre las altas esferas capitalistas y las masas del pueblo no exista sitio para una jerarquía de capas intermedias, pero el incremento del comercio y de la Banca centuplica el número de los técnicos, de los contables, de los empleados de todos grados. Estos, en unión de los campesinos (baserritarás) y de los Pescadores (arrantzales), forman la base de la pequeña burguesía del país, no tanto desde el punto de vista económico como por su ideología, su origen y su tradición. A ellos se agregan los pequeños comerciantes, industriales y rentistas.

El Partido Nacionalista Vasco surge como el representante típico de esta pequeño-burguesía. Logra formar por el proceso de incorporación a la industria del campesino vasco, un movimiento obrero independiente, «nacionalista», cristiano-social; en realidad, un movimiento obrero del que se espera que por su influencia en el proceso político-social del país logre neutralizar la inevitable radicalización que experimenta la clase trabajadora como consecuencia de la crisis económica. No son ni el origen ni la tradición los únicos factores que permiten la constitución de este movimiento obrero nacionalista. Ellos, por sí solos, no bastan a explicarlo. Un factor constitutivo fundamental, lo es, en cambio, el modo en que subviene a sus necesidades el «nuevo obrero». En efecto, el formidable desarrollo de los medios de transporte en el país permite a éste trabajar en la industria al mismo tiempo que con sus familiares explota y trabaja en el campo con vistas a las exigencias de las necesidades del mercado local o regional.

Hay, sin embargo, una pequeño-burguesía no nacionalista. Es aquella que, surgida precisamente del medio económico que dejamos descrito, no puede por su origen formar en las filas nacionalistas. Lo hace, por contra, en las filas del republicanismo histórico y en las filas del Partido Socialista. Uno de los fenómenos que explican el raquitismo de los partidos republicanos en Euzkadi es precisamente el de su «anti-nacionalismo». Los republicanos, al igual que los partidos obreros, no supieron recoger la indudable emoción nacional del país. La rechazaron más bien. Los partidos de izquierda, desde los republicanos a los obreros, debían de nutrirse en su mayoría de elementos extraños del país, de no naturales y de muchos naturales más antinacionalistas que izquierdistas. Esta torpe barrera, informada por unos falsos principios, explica mucho del fenómeno nacionalista. Los vascos dejados a sí mismos, o ingresaban en el Partido

Socialista —los partidos republicanos no ofrecían solvencia social alguna por su debilidad numérica—, o ingresaban en la «corriente nacional vasca», amorfa, sin otro contenido que el que pudiera darle la emoción nacional. Esta «corriente» había de ser sometida a varias experiencias, de entre las que las más importantes son: la dictadura primo-riverista y la republicana de 1931.

Como consecuencia de esta última, la fracción pequeño-burguesa más avanzada abandonó la «corriente nacional», formando el Partido Nacionalista de izquierda: Acción Nacionalista Vasca. Nuevamente aquella «corriente nacional» quedaba abandonada a sí misma, lo que era tanto como permitir que constituyese la base política que había de esgrimir la gran burguesía del país.

El movimiento de octubre como prologo de los acontecimientos de julio

Los acontecimientos de octubre de 1934 fueron el prologo del movimiento que había de desarrollarse en Euzkadi a partir de julio de 1936. Este prólogo contenía ya todos los elementos del drama que en la actualidad se esta desarrollando en aquel territorio autónomo.

El Partido Nacionalista Vasco participa en el movimiento de octubre de 1934. El Partido Socialista Obrero Español había logrado pactar una alianza con los nacionalismos vasco y catalán. El movimiento había de tener par objeto la modificación de la política entonces en vigor. El único medio de modificarla no era otro que el de lanzar de manera unánime, contra los entonces gobernantes a la clase obrera española, para que, ante la fortaleza, ante la decisión y la posible combatividad de ésta, el presidente de la República se viese constreñido otra vez los destinos políticos del país a la conjunción republicano-socialista, la que habría de refrendar nuevamente el Estatuto Catalán, conceder el Estatuto Vasco y realizar la revolución democrático-burguesa. Se explica la participación del nacionalismo vasco. Contando con la formidable preparación política que del movimiento hizo el Partido Socialista, y pensando que era éste, en unión del nacionalismo catalán y vasco, quien habría de dirigirlo, la participación no ofrecía duda alguna. No podía ofrecerla, habida cuenta de que la industria vasca, además, iba necesitando la creación de un mercado nacional que sólo la transformación del agro español podría proporcionarle

Y que el movimiento se hallaba limitado a la modificación «no violenta» de la política española nos lo demuestra, entre otras cosas, la pasividad con que «se hizo actuar» al proletariado español en general. Posteriormente, la campana electoral de 1936 había de hacer hablar a Prieto —el director efectivo del movimiento—, presentado en Madrid como el hombre de la revolución —aclarando todo lo que en torno al movimiento habíase dicho. Y el hecho de que Asturias hubiese tornado la iniciativa, insurreccionándose violentamente, yendo hacia la conquista de los órganos del poder, no puede hacernos modificar nuestro punto de vista. Tal vez la actuación asturiana contase en el programa, aunque desde luego no con aquella virulencia...

El movimiento de Vizcaya se caracteriza por la participación de toda la clase obrera vasca, sin excepción, con una unanimidad jamás conocida hasta entonces en las luchas sociales. Logra arrastrar tras de sí a la pequeño-burguesía del país. La paralización es absoluta. Solidaridad de Trabajadores Vascos, la central sindical nacionalista, participa al principio con todo el entusiasmo. Forma en los piquetes y en los grupos con los restantes obreros adheridos a la UGT y CNT. Parece abandonar su tradición de «rompe-huelgas». El movimiento en Vizcaya, sin embargo, fue de carácter pacifico. Tan sólo en algunos lugares de la provincia la clase obrera toma la iniciativa. Focos aislados prontamente sofocados por la fuerza represiva del Estado.

En Asturias, la clase obrera, que había tornado desde un principio la iniciativa en la contienda, marchaba adelante. No parecía dispuesta a abandonar la lucha. Prontamente había de verse desasistida, quedando sola en su gesta. El resto del país no seguía el ritmo que ella marcara. Solamente Cataluña hubo de iniciarlo, pero recuérdese con qué cobardía por parte de la pequeño-burguesía, para ser sofocado de forma extremadamente rápida.

El movimiento podía darse por fracasado. La prensa gubernamental se libraba a una terrible campaña de descredito, logrando con ello atemorizar a la pequeño-burguesía. El Partido Nacionalista se veía abocado, como consecuencia de su participación en el movimiento fracasado, a una rebelión interna. Grandes fracciones amenazaban con abandonarle. Surge entonces, para parar este proceso de descomposición, la declaración de las más altas autoridades del partido. Con una claridad que no deja lugar a dudas se expone que la participación nacionalista en el movimiento era obligada, era necesaria para contener los desmanes de la clase obrera adherida a los partidos marxistas y a las concepciones libertarias, para proteger la vida y haciendas de los naturales del país. Y en apoyo se citan hechos en los que la fuerza nacionalista lucha y se debate contra los restantes sectores de la clase trabajadora.

El proceso de descomposición no podía detenerse, sin embargo, con una simple declaración. Se exigía una campaña abierta, decidida, contra las tendencias marxistas y libertarias. En uno de los periodos más vivos de esta campaña se suceden los acontecimientos de julio de 1936.

Las jornadas de julio en Euzkadi

La elevada conciencia de clase del proletariado industrial de Euzkadi había de ser el escollo más fuerte en el que se estrellara todo intento de subversión, toda amenaza contra los derechos conquistados por la clase trabajadora. El instinto de clase de esta ha sido en todas las ocasiones muy agudo. En esta ocasión había de demostrarlo nuevamente. El día 15 de julio la clase trabajadora fue advertida del levantamiento militar en Marruecos. La prensa diaria, sin embargo, concedía poca importancia a acontecimiento tan relevante. Ello no obstante, al conocerse la importancia excepcional del levantamiento, la clase trabajadora de Euzkadi se puso en pie de guerra. En la noche del 18 al 19 las barricadas obreras de Bilbao se veían pobladas por numerosos grupos de gentes que comentaban las incidencias y escuchaban las llamadas angustiosas que por radio se efectuaban desde Madrid. El proletariado euzkeldun montó su guardia aquella noche. Inmediatamente se concentraron en Bilbao trabajadores de toda la provincia, que venían a recibir instrucciones de los partidos políticos y de las centrales sindicales. El domingo por la mañana la gente continuaba, nerviosamente, solicitando e inquiriendo con avidez noticias. Decidíase al fin convocar una concentración de todos los que estuvieren determinados a luchar. En poco tiempo se logró una concentración de más de 40.000 hombres decididos a toda eventualidad. Faltaban, sin embargo, los fusiles. Bilbao no contaba con guarnición fuerte. Además, las «inteligentes» debilidades de los organismos obreros y de las autoridades para con el regimiento de infantería de guarnición en aquella plaza, invalidaban e impedían el armamento de los obreros. Los densos núcleos de asalto, seguridad y guardia civil habían prestado acatamiento a la República y, al igual que el regimiento de infantería, habían empeñado su palabra de honor por la defensa de la República. La verdad es que el Gobierno de Madrid, al servirse de los partidos obreros para la recluta de hombres, inclinaba peligrosamente la balanza de la guerra civil. Los organismos obreros, sin excepción, así lo comprendieron también. Días más tarde esta confianza en la palabra de los militares, informada más bien por la desconfianza en el proletariado, había de costar un intento de sublevación del regimiento y de los grupos de guardia civil. Los fusiles, las maquinas de guerra, el stock de municiones habían permanecido inactivos hasta la caída complete de Guipúzcoa. La palabra de honor en que habían confiado los dirigentes obreros y las autoridades había servido para la total rendición de la provincia hermana

Los obreros exigían imperiosamente armas. Las autoridades no se las daban. Surge entonces espontáneamente la necesidad de armarse como fuere y donde fuere. Grupos de obreros, provistos de arma corta los unos, sin arma los otros, asaltan las armerías y hacen registros en las casas de la gente sospechosa. Todas las armas largas, escopetas, rifles, carabinas, etc., etc., son requisadas por los grupos. Lo es, asimismo, la munición. Unos 800 hombres tan estrafalariamente armados y provistos de escasísima munición, se dispusieron a salir para el lugar donde decían hallarse las trepas insurreccionadas. Otros grupos, también armados, que daban en la capital. Desde el micrófono instalado en el Gobierno Civil se daba la noticia de que la guarnición de Vitoria, provista de grandes pertrechos de guerra, se disponía a la toma de Bilbao. La clase obrera no esperó a que los partidos «organizasen» la marcha hacia los frentes. Ella misma se dispuso a hacerlo. Todos los camiones, todos los coches eran requisados por grupos diferentes de trabajadores, con los que hubieron de salir al encuentro de las tropas insurreccionadas. Los obreros que habían tenido la fortuna de recibir un fusil, de requisar una escopeta de caza, cualquier clase de arma por nimia que fuere, partían en los camiones que espontáneamente habían sido requisados, y ufanos levantaban los dos brazos,

mostrando en uno su fusil, su arma, y el puño del otro, más que cerrado, crispado en gesto amenazador. Los innumerables núcleos obreros que no habían podido armarse, pugnaban por subir a los camiones para partir con sus camaradas. Si no disponían de fusil, querían, sin embargo, participar en la lucha cubriendo el primer puesto que quedara vacante por baja. El entusiasmo era ilimitado. Los camiones, los coches partían al son de «La Internacional». Los gritos revolucionarios se mezclaban a la canción. Había obreros que lloraban, que demostraban su rabia e increpaban a los partidos a que pertenecían por el desamparo en que les dejaban. Era necesario nuevamente efectuar más registros. Encontrar armas, costare lo que costare. Al siguiente día se procedió a reagrupar a los que habían partido para el lugar de la lucha. La alarma de las autoridades había sido excesiva. Las tropas de Vitoria tan sólo habían avanzado unos 15 kilómetros en dirección a Bilbao, pero más bien temiendo la avalancha obrera, se habían dispuesto en posiciones defensivas. Formóse la primera columna de carácter militar. Los 800 fusiles de que se disponía en los primeros momentos fueron al frente, a la conquista de Vitoria. A este núcleo obrero acompañaba una compañía del regimiento, otra de guardias de asalto, y otra de guardia civil. Los obreros del transporte, en unión a los de la construcción, habían trabajado con verdadera fiebre, noche y día, sin descanso para fabricar los primeros camiones blindados. Con ellos partió la columna que había de estacionarse en el lugar en que hoy se halla: Ochandiano, a unos 20 kilómetros de Vitoria, la capital alavesa.

Entretanto, los grupos de obreros que habían quedado en Bilbao y en la provincia, formaron sus patrullas volantes de vigilancia y de control. Rodaban constantemente en coches y en camiones por la capital y los pueblos. Formaban sus tribunales populares. Vizcaya entera observaba la variación rapidísima del «clima». Los grupos de obreros armados actuaban con certero instinto. Se había implantado el terror revolucionario tan necesario. Constituyóse un cuartel general de voluntarios, en el que podían inscribirse todos los obreros que vinieran avalados por una central sindical o por un partido político afecto al régimen.

Los partidos del Frente Popular se reunían, y con ellos la CNT, para formar inmediatamente unas Comisarias que, organizadas rápidamente, refrendaban todos los actos de los trabajadores. Vivían más bien impulsadas por estos. Quedó definitivamente constituido el Consejo de Comisarios, con los Departamentos de Guerra, Orden Público, Comercio y Abastecimientos, Transportes, Industria y Hacienda.

El gobernador civil se hallaba ausente como delegado del Gobierno en esta especie de poder que se había creado. Más bien se había procedido contra su opinión y contra la opinión de muchos dirigentes de los partidos obreros.

La clase obrera procedía sin miramientos a la requisita inmediata de todo el material de transporte, de toda suerte de armamentos, de los víveres indispensables para la columna que había partido para el frente y para los voluntarios acuartelados; efectuaban los registros domiciliarios, detenían a la gente manifiestamente sospechosa.

Las Comisarias hubieron de promulgar unos decretos que refrendaban todas las actividades hasta entonces emprendidas por la clase trabajadora. El comercio, la banca, la industria quedaban intervenidos. Todos los comerciantes, todos los industriales venían obligados a comunicar, mediante una declaración jurada, la relación de sus existencias, de las cuales podía disponer a su antojo el Consejo de comisarios. La Banca quedaba intervenida. Nadie podía disponer de ningún capital sin que previamente lo autorizase la Comisaría respectiva. La saca de cuentas corrientes quedó regulada. El Departamento de Guerra se constituía por otra parte para incrementar la formación militar y para controlar los mandos. En cuanto al orden público, se procedía al arresto de todo sospechoso.

Las Comisarias instituyeron sus delegaciones en todos los pueblos de la provincia. El nuevo poder se organizaba. Mientras funcionaba esta especie de poder que se veía impulsado por la audacia y la decisión de la clase trabajadora, se forjaba entre bastidores toda una maniobra política que acabaría por hacer desaparecer a este primer poder que las circunstancias habían proporcionado. El gobernador civil —que lo era a su vez de Asturias, Guipúzcoa y Santander— asistía como hombre

ausente a las decisiones que los hombres representativos de los partidos tomaran. Fue movido, no obstante, a la actuación por el partido del «orden», por el Partido Nacionalista Vasco. Los nacionalistas, que hasta pasados varios días no se habían personificado en la lucha, lo hacían ahora presionando sobre las autoridades, al igual que lo hicieron en octubre de 1934. No aportaban a la lucha ningún contingente. Se hallaban tan sólo tras del gobernador civil de Vizcaya —del Norte— para influir cerca de él. No se manifestaban abiertamente en pro del movimiento, pero abiertamente si se manifestaban contra la violencia que la clase obrera empleaba. La influencia del nacionalismo pronto había de dejar sentir sus efectos en toda la política general. Las requisas, los registros domiciliarios, las detenciones habían de ser definitivamente proscritos de las medidas de defensa. Sólo a esta condición se avenían los nacionalistas a participar en el movimiento, no sin reservarse, sin embargo, su ulterior determinación, para la que se hallaban en relaciones con el gobierno central.

Había de terminarse, por imperativo de los nacionalistas, con las Comisarias, aquel poder que refrendaba cuantos actos efectuase el proletariado. En pago de ello el Partido Nacionalista ofrecía su buena disposición para con el movimiento. Los partidos obreros accedieron. La influencia y el peso del nacionalismo eran tan grandes... Liquidado el poder efímero —unos 25 días— de las Comisarias, se constituía la Junta de Defensa de Vizcaya. En Guipúzcoa habría de ocurrir otro tanto. Esta nueva Junta de Defensa procedió inmediatamente al reajuste de los departamentos gubernamentales. Se ampliaba el número de los «gobernantes». Transportes quedaba en manos del Partido Comunista oficial; Comercio y Abastecimientos, en Izquierda Republicana; Sanidad, en Acción Nacionalista Vasca; Industria y Trabajo, nacionalistas; Hacienda, nacionalistas; Orden Público, nacionalistas; Guerra, socialistas; Asistencia Social, CNT; Comunicaciones, Unión Republicana. La Junta de Defensa contaba de hecho con una mayoría nacionalista y con una Presidencia, el gobernador, manejada íntegramente por ellos.

Las decisiones de la Junta de Defensa habían de ser desde entonces verdaderamente ponderadas. Los nacionalistas trabajaban al mismo tiempo en Madrid, cerca del Gobierno central, para obtener las necesarias garantías. Y la Junta de Defensa puede apuntarse el primer éxito de su actuación: la concesión de un crédito por parte de la Banca bilbaína, que había sido denegado anteriormente a las Comisarias.

El reajuste de la Junta de defensa dio lugar a una modificación absoluta de su cuerpo burocrático. Se incorporó mucha más gente, y como obedeciendo a un plan preconcebido, la inmensa mayoría de los burócratas pertenecen al Partido Nacionalista Vasco.

Los nacionalistas, durante el desarrollo de este proceso político, habían destacado comisiones de su partido hacia el extranjero para la compra de armas. Estas comisiones habían de quedar posteriormente como comisiones al servicio de la Junta de Defensa y después del Gobierno provisional de Euskadi.

Euskadi autónoma

En poco tiempo había cambiado absolutamente la fisonomía política del país. La Junta de Defensa era un poder en el que participaban los nacionalistas con un poco de reserva, pero que constituía sus delegaciones en los pueblos con la supresión absoluta de los comités. Ya en los pueblos los nacionalistas podían apoderarse de todos los resortes de mando de una manera legal. Entretanto, se preparaba a la juventud para participar de hecho bélicamente en la contienda.

En Madrid los gobiernos variaban constantemente. Aguirre, el hoy presidente del Consejo vasco, fue propuesto para un ministerio por Prieto, pero el Partido Nacionalista, reunido, acordó no aceptar

la proposición del Gobierno central. Una de las carteras del ministerio quedó vacante, porque las negociaciones que se llevaban a cabo entre los nacionalistas y el Gobierno acerca de la política a seguir en el pronto nuevo territorio autónomo de Euzkadi, había de ser la concesión del Estatuto. El Gobierno central, decidido a tomar para sí la ayuda nacionalista —la ayuda del capital financiero español—, accedió a la concesión del Estatuto, y entra entonces a formar parte del Gobierno el Partido Nacionalista, representado por Irujo. Y el primero de octubre, en las Cortes, se promulga el Estatuto de Euzkadi. Euzkadi es territorio autónomo. Aguirre es elegido —no sabemos por quién— presidente del Gobierno provisional de Euzkadi. Bajo el legendario árbol de Guernica se constituye el nuevo gobierno. Este, sin embargo, no obedece a un criterio democrático en cuanto a la elección. Prieto, de acuerdo con Aguirre, selecciona los hombres que han de formar el equipo gubernamental. No son los partidos los que los eligen. Es el nuevo y flamante presidente del gobierno provisional. Y este sabe elegir. Acción Nacionalista ocupa una cartera en el nuevo gabinete, pero el hombre designado pertenece a la tendencia derechista de esta organización. De Izquierda Republicana es elegido otro hombre que ya desde antaño coqueteaba con el nacionalismo y que en las actuales circunstancias se declara como tal. De Unión Republicana es designado el único hombre que cuenta de entre los cuatro o cinco que componen el partido en Euzkadi. De los comunistas es elegido Astigarrabía, hombre sospechoso, porque precede del campo nacionalista y porque en él puede más el nacionalismo que la tendencia comunista. Y de los socialistas, son designados por Prieto tres hombres, dos de los cuales pueden perfectamente pasar por los Consejos sin enterarse de los acontecimientos. El nacionalismo tiene las mejores carteras. La distribución de estas es la siguiente: Presidencia y Guerra, nacionalista; Justicia, nacionalista; Gobernación, nacionalista; Agricultura, nacionalista izquierda; Comercio y Abastecimientos, Izquierda Republicana; Industria, socialista; Asistencia Social, socialista; Trabajo, Previsión y Comunicaciones, socialista; Sanidad, Unión Republicana.

Y la nueva política que el Partido Nacionalista sigue desde el poder que Prieto y ellos y la inhibición de los partidos obreros le han preparado, es una política de orden, de ponderación, de mesura. Su primera manifestación consiste en hacer la devolución de unos 25 millones de pesetas que la Junta de Defensa había impuesto a unos cuantos señores que habían apoyado el movimiento faccioso. La colectivización que de la industria de la pesca se había hecho, queda también descolectivizada

Los propietarios pueden disponer de los buques a su antojo, incluso los propietarios facciosos. Toda la industria del país queda «movilizada», es decir, pasa a depender de la Consejería de Defensa nacionalista. Y el buen señor que ocupa la cartera de Industria no ha podido hacer hasta el presente ni una mala estadística de producción. No le competen sino los pequeños talleres. A la industria, a la gran industria, no se puede tocar, porque toda ella trabaja y depende de Guerra. En Comercio, la Consejería se convierte en el órgano de los grandes comerciantes. Todo el comercio es libre (ha habido que declararlo en varios decretos), se estimula a los comerciantes con fabulosas garantías para que traigan cuantas mercancías sean precisas. El criterio del Gobierno, en este aspecto, es de una liberalidad óptima, tan óptima, que llega hasta a permitir la exportación de capitales españoles para la compra de productos en el extranjero. No se satisfacen los derechos de aduana. Y como los comerciantes no quieren arriesgar sus capitales, el Gobierno se convierte en su agente de negocios, asegurándoles la llegada de la mercancía mediante una prima ridícula que las compañías de seguros no hubieran jamás concedido, y poniendo a disposición del comercio todos los barcos mercantes de la matrícula de Bilbao (el 90 por 100 de la matrícula mercante española). En Hacienda se hace la política financiera al dictado de la gran banca bilbaina. Esta tiene puestos allí, desde la Junta de Defensa, a dos de sus secretarios más hábiles. Evidentemente, el consejero obedece en todo la política dictada.

El departamento de Defensa en manos de los nacionalistas es el mejor instrumento de su política. Se arman los primeros batallones nacionalistas. La Intendencia de guerra, hasta entonces en

poder de las fuerzas de izquierda, pasa a manos de los nacionalistas. Con ella pasan los parques de municionamiento, la Sanidad, la industria movilizada. Todo pasa a manos del nacionalismo. Se intensifican las compras de armas. El Partido Nacionalista Vasco canta himnos en loor de la Unión Soviética, Inmediatamente, Euzkadi puede contar con el primer embajador plenipotenciario: el de los Soviets. Los barcos soviéticos inician sus arribos al puerto de Bilbao. Con ellos, el nacionalismo arma preferentemente a sus hombres. Los batallones de izquierda carecen de los pertrechos de que disponen los batallones nacionalistas. La diferencia llega a ser irritante.

Se inician las conversaciones con los facciosos para el canje de prisioneros. El Gobierno de Euzkadi sostiene relaciones oficiales con los verdugos del pueblo español. Había caído, entretanto, Guipúzcoa. El asalto al María Cristina, la pacificación, no se habían hecho por los nacionalistas, sino por los elementos de izquierda, y cuando estos se disponían a fusilar a los militares rebeldes, surge el Guipuzko-Buru-Batzar, organismo provincial de máxima autoridad en el Partido Nacionalista guipuzcoano, condenando los fusilamientos y ordenando a sus representantes en la Junta de Defensa guipuzcoana que se retiren de ella. Cae San Sebastián y con ello se precede a la evacuación hacia Bilbao de las tres cuartas partes de Guipúzcoa.

En Guipúzcoa no participaron en la contienda las fuerzas nacionalistas. Los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco querían terminar antes el proceso político que había de culminar en la formación del Gobierno. Los que en Guipúzcoa combaten son integrantes de los partidos obreros. Únicamente el Partido Nacionalista tiene investigadores, representantes en la Junta de Defensa. Las fuerzas de izquierda son las que efectúan los registros domiciliarios, las que detienen a los sospechosos, las que actúan con la exposición de su vida. Cuando se conozcan los hechos acaecidos en San Sebastián habrá más de uno que sienta el sonrojo de ser confundido en aquel «antifascismo». Sin embargo, Guipúzcoa siempre fue nacionalista. Si el termómetro para medir la temperatura política ha sido hasta el presente el de las elecciones, diremos que en Guipúzcoa las fuerzas de izquierda han sido en todo momento minoritarias. El 16 de febrero las mayorías las alcanzaban los nacionalistas y los monárquicos. Los socialistas únicamente sacan un diputado por la minoría. Y, sin embargo, hasta que Guipúzcoa cayó en poder de los rebeldes las fuerzas de izquierda son las que detentan allí el mando

El Gobierno de Euzkadi empieza a cobrar prestigio en el exterior. A fines de diciembre, al cabo de dos meses y medio de gestión, el presidente del Gobierno provisional de Euzkadi había por radio para el extranjero. Su comunicación radiofónica responde a toda la política del Gobierno, en efecto. Enuncia toda la labor realizada por el Gobierno del país: pacificación de los espíritus, leyes de trabajo que asombrarán al mundo por lo atrevido de su concepción (control obrero, no en todas las industrias, pero pongamos como ejemplo la banca: los Consejos de administración estarán constituidos por los antiguos consejeros, con la sola excepción de los que hayan sido declarados facciosos, por un representante de los cuentacorrentistas y por dos vocales obreros, designados de mutuo acuerdo entre las organizaciones sindicales, en este caso UGT y Solidaridad de Trabajadores Vascos. El presidente de este Consejo de administración será un delegado directo de la Consejería de Hacienda); jornal familiar, en fin, todo un programa cristiano social; en Agricultura (el Partido Nacionalista se había librado en diversas ocasiones a una campaña para la consecución del Estatuto, pegando pasquines en los que podía leerse: «Campesino, vota por el Estatuto y la tierra y el caserío serán tuyos». «Pescador, vota por el Estatuto y la barca de pesca será tuya») queda el régimen anterior, y ahora, al cabo de los ocho meses, se halla discutiendo un proyecto de rescate completamente moderado mediante indemnización —la organización de la tierra vasca es de minifundios; en comercio y abastecimientos los precios de las subsistencias suben extraordinariamente, y se crea una libertad de comercio que es libertad exclusivamente para las grandes empresas comerciales. En la industria no es posible el establecimiento del control obrero, por cuanto que toda la industria se halla movilizada por el departamento de Defensa. En cuanto al orden público, los mítines se hallan terminantemente prohibidos por el departamento de Gobernación, y los anarquistas se encontraron un buen día con que el Gobierno vasco movilizaba a

dos regimientos nacionalistas con armas para impedir que los miembros de la CNT pegaran unos pasquines que no tenían nada de subversivo. A esta concentración de dos regimientos nacionalistas se les había dado orden de disparar, incluso, o, por lo menos, de oponerse por todos los medios

La política exterior del gobierno de Euzkadi

Pero la política del Gobierno de Euzkadi surge inmediatamente como una verdadera obra maestra del Gobierno de Valencia. Euzkadi inicia las gestiones diplomáticas con el *Foreign Office* de Londres, y llega a la conclusión de un acuerdo. Inglaterra concede un empréstito de grandísima importancia a Euzkadi. Los banqueros bilbaínos se entienden a través de su Gobierno, de sus representantes, con los banqueros londinenses a través de su Gobierno, el de la City. Como la navegación marítima se hace muy difícil para los barcos de matrícula española, Euzkadi llega a un acuerdo y tiene a su servicio toda una flota de barcos mareantes ingleses, con tripulación inglesa, que no obedece sino las órdenes del Gobierno de Euzkadi. En época normal, estos fletamentos son ordinariamente hechos. Se trata de un alquiler de barcos por un término fijado, lo que en términos técnicos ha dado en llamarse un *time charter*. Lo extraño es que esto se haga en época tan anormal como la que atravesamos, pero tal vez encontremos un antecedente de esta situación en la guerra europea, en la que Inglaterra alquiló el 60 por 100 de la marina vasca para su transporte.

La política inglesa se realiza en España a través del Gobierno de Euzkadi. Inglaterra se halla doblemente interesada en que el Gobierno de Euzkadi se mantenga independiente de toda tutela fascista, así como de una posible revolución socialista. El empréstito que le ha concedido se hace sobre la base de unos compromisos determinados que permanecen secretos, pero que para la clase trabajadora no pueden pasar inadvertidos. Son los del mantenimiento del «orden» y de la propiedad privada. Los yacimientos de mineral de hierro de Euzkadi son yacimientos que normalmente proveen a Inglaterra.

El Gobierno de Euzkadi ejerce, por otra parte, una política que conviene altamente a los intereses ingleses. Asturias y Santander son para Euzkadi dos zonas de influencia. El Gobierno de Valencia apoya con verdadero entusiasmo esta política. Asturias y Santander, al depender de Euzkadi en materia de víveres y de municiones, han de sujetarse a la política que se les imponga, y cuando esta imposición se les hace insoportable y acuden al Gobierno central en demanda de créditos para liberarse de la tutela euzkeldun, se les dice que el Gobierno central tiene puesta toda su confianza en Euzkadi y que bajo el imperio de su política España podrá rehacerse rápidamente. Euzkadi les dará víveres y municiones. Por otra parte, el Gobierno de Valencia ha decidido que todo cuanto al Norte haya de ir, se desembarque en Bilbao. Santander, con sus yacimientos mineros (blenda) y Asturias con su carbón, son dos regiones que no solamente a Euzkadi interesan. La reserva de carbón asturiana puede ser un decisivo apoyo para Inglaterra en caso de conflagración mundial. Durante la gran guerra y en la época de los conflictos mineros en el Reino Unido, Asturias fue su proveedor.

Euzkadi comienza a tomar en serio las zonas de influencia. Exige, para intervenir en Santander y Asturias, la terminación de la política de socialización que en dichas provincias se sigue. El forcejeo con las autoridades asturianas y santanderinas es constante, pero los conflictos a que el hambre puede abocar son de una terrible desmoralización y los dirigentes cántabro-astures al fin se someten. No obstante, entre los socialistas de Euzkadi y los de Santander y Asturias surgen determinadas diferencias que hacen proclamar a González Peña, en un discurso que se ha dado en llamar notable, que los socialistas deben de ser socialistas a secas. Las relaciones militares habían también de sufrir de esta tirantez y de este dominio vasco. Para las necesidades guerreras de todo el Norte de España, el Gobierno, cuando se hallaba en Madrid, constituyó el llamado Ejército del Norte, que era el

encargado de hacerse cargo de todo cuanto material bélico llegase a las costas cantábricas y la ordenación guerrera de todo el territorio norte. Al advenimiento del Gobierno vasco, este constituye su Estado Mayor propio, y desde entonces, provocado por el consejero de Defensa del Gobierno de Euzkadi, surgen choques y colisiones constantes entre el Ejército de Euzkadi y el Ejército del Norte, llegándose hasta a prohibir, por oficio del consejero de Defensa de Euzkadi, al Estado Mayor de Euzkadi, obediencia a las órdenes del alto mando del Norte

Estas relaciones hoy están rotas. El Ejército del Norte se ha visto obligado a trasladar su Estado Mayor a Santander. De esta suerte estará en medida de hacer un reparto equitativo y con arreglo a las necesidades guerreras de todo el material que el Gobierno envíe, librándose de la tutela de Euzkadi, que sistemáticamente se negaba a hacer entrega de material bélico.

Añadamos de paso que la Unión Soviética no ha desconocido en ningún momento esta política, tanto en materia de víveres como en armamento, pero, sin duda —admitámoslo—, siguiendo instrucciones del Gobierno de Valencia, ha entregado todos sus barcos en Bilbao.

Citaremos el hecho acaecido en el mes de enero. Bilbao recibió la visita de ocho barcos soviéticos con abundantes víveres, principalmente trigo y harina. Santander y Asturias carecían de pan durante todo ese mes, mientras en Bilbao se amontonaban cantidades para el consumo de dos y más meses.⁵⁷

La política del Gobierno Vasco

Las relaciones oficiales que el Gobierno de Euzkadi entretenía con los facciosos para el canje de prisioneros a través del secretario de la Cruz Roja Española, señor Junod, condujeron a un estado de hecho por el que los vascos tenían proposiciones de pacto separado. Entre las condiciones que ya existían en vigor, como consecuencia de las conversaciones antes referidas, había una por la que los facciosos y el Gobierno de Euzkadi se comprometían a no bombardear poblaciones abiertas.

En los primeros días del mes de febrero, una delegación del Gobierno vasco vino a Valencia para hablar de todas estas proposiciones...

Y que existe complacencia entre ambos sectores nos lo demuestra la situación guerrera provocada en los frentes vascos. Inmediatamente de desencadenada la ofensiva de las tropas del Norte, hacia mediados del mes de enero, las posiciones defendidas por los facciosos contaban con pocos hombres. Como consecuencia del fracaso de esta ofensiva, pudo darse tiempo a que los facciosos concentraran en la parte de Guipúzcoa y en la parte de Vitoria unos 25.000 hombres. Después de esta ofensiva, que no tuvo éxito alguno en el terreno militar, la munición que proveía a nuestras fuerzas hubo de agotarse. La política militar del consejero de Defensa de Euzkadi consiste, entre otras cosas, en la de que los reemplazados llamados a incorporarse gocen del derecho de elección en lo que respecta a los batallones en los que han de encuadrarse. En Euzkadi los nuevos reemplazos están formados por elementos necesariamente no adictos, puesto que todas las fuerzas políticas y sindicales en el país tienen sus batallones. Habiendo solicitado los comandantes de batallones de izquierda poder cubrir las bajas con los nuevos incorporados, el consejero de Defensa denegó tal solicitud, dejando en libertad a las nuevas quintas. En efecto, todos ellos elegían las filas nacionalistas. así se da la circunstancia en aquellos frentes de que deserten diariamente de los batallones nacionalistas tan buen número de milicianos que sirven a los fines del espionaje fascista. Por ellos el enemigo pudo tener noticias de las razones por las que después de iniciada la ofensiva esta quedaba definitivamente paralizada. Los facciosos, por otra parte, no lo ignoraban. Lo demuestra su estrechísima vigilancia de los puertos del Norte para impedir los arribos de material de

⁵⁷ El Gobierno de Euzkadi, como continuación de su política, ha comprado recientemente 150.000 toneladas de carbón a Inglaterra, despreciando el carbón asturiano por el «precio político» de este.

guerra, pero especialmente munición. Esta situación, de hecho, no ha sido «aprovechada» por los facciosos. Estos han retirado la mayoría de los hombres que guarnecían aquellos frentes encuadrándolos en las filas de los asaltantes de Madrid y de Málaga. Y no cabe duda que desde el punto de vista militar Euzkadi es un objetivo de primerísima importancia. Su industria pesada es un factor principalísimo en la guerra.

Esta es la situación actual de Euzkadi.

Conclusiones

No hemos pretendido hacer un balance completo de la experiencia euzkeldun, de la que hemos señalado antes de ahora la excepcional importancia. Este balance habría de ser el resultado de un análisis mucho más profundo. Sin embargo, un buen número de comprobaciones y de conclusiones se imponen en nuestra común experiencia de militantes

En los dos primeros meses que siguieron a la insurrección facciosa, los partidos obreros de Euzkadi tenían la situación en sus manos. Tenían todo lo que es necesario para hacer una revolución: el impulso de las masas de un lado, y el pánico de las antiguas capas dirigentes del otro. La clase obrera se hallaba armada, había constituido sus milicias, procedía rápidamente a un armamento más completo, establecía sus patrullas de control y vigilancia y, en fin, la clase obrera enarbolaba la bandera roja de la revolución. La ola que había desencadenado el fascismo empujaba a los partidos obreros (socialista y comunista) al primer piano, y una inmensa fracción de la burguesía nacionalista y toda la pequeño-burguesía los aceptaba como «mal menor»

¿Por qué los socialistas y stalinianos no trataron de consolidar esta revolución que se hacía por sí misma y casi contra ellos? Porque para hacer una revolución es, ante todo, preciso ser revolucionarios. Un régimen nuevo no puede afirmarse y defenderse más que si tiene a su frente hombres para los que el antiguo régimen resulta insoportable. Cuando se ha dicho «no» a la sociedad capitalista cuyas injusticias atormentan y cuyo aire es irrespirable. Pero no se es revolucionario sino en la medida en que este «no» se instala en la pasión de la clase y de sus jefes y dirige la acción. Los socialistas y comunistas vascos no han dicho «no» al régimen actual.

Y no se nos diga, para justificar su carencia de acción revolucionaria, que Euzkadi no podía decidir por sí sola los destinos de la revolución en el resto del país. Políticamente esta apreciación es justa en cuanto no signifique —como ha significado— inhibición absoluta en el proceso revolucionario, abandono de las conquistas logradas por la revolución en sus primeros tiempos. Euzkadi, en efecto, no puede por sí sola decidir los destinos de la revolución española, del mismo modo que Catalunya tampoco puede por ella misma decidirlos. La experiencia del movimiento obrero nacional nos muestra, con el trágico ejemplo de la Asturias de 1934, que la revolución ha de ser la obra conjunta del proletariado español. Las zonas más densas y más aguerridas de este proletariado son, no lo olvidemos, Catalunya, Euzkadi y Asturias. El abandono de las posiciones revolucionarias por los partidos obreros de Euzkadi, cuando precisamente el proletariado catalán y astur se libraba a la transformación revolucionaria de la sociedad, ha sido uno de los factores más decisivos en el proceso de liquidación de la revolución. A esta hubo de fallarle una de sus principales piezas: el proletariado euzkeldun.

En Euzkadi se constituye, en pleno periodo revolucionario, un Estado que en lugar de seguir el modelo clásico de toda revolución: el paso al poder de equipos más avanzados, sigue el fenómeno contrario: el desplazamiento de la hegemonía obrera. Con ello y con la incorporación de cientos de funcionarios nacionalistas a las administraciones, a los cuerpos represivos, se paraliza toda iniciativa y toda voluntad de cambio y se procede a liquidar en pocos meses con el pretexto de no

comprometerse ante la democracia internacional con una política revolucionaria, los imponentes recursos que el movimiento de julio había puesto a la disposición del socialismo. A partir de entonces el Gobierno de Euzkadi resulta ser el agente plenipotenciario del Gobierno de Valencia ante el extranjero. El nuevo Estado es así un modelo —dicen las democracias extranjeras— que conviene copiar en el resto del país si se pretende obtener su ayuda.

Euzkadi, con su Gobierno que parecía de opereta, empieza a cobrar una excepcional importancia: es el espejo en el que se refleja el futuro del régimen político español y el futuro de las organizaciones obreras del resto del país.

No participamos del optimismo fácil e irresponsable de los socialistas y comunistas oficiales (primero ganar la guerra para luego hacer la revolución: en realidad una consigna contrarrevolucionaria), que concede a las formas políticas actualmente en vigor en aquel territorio el tiempo de duración necesario como para que la guerra se termine con bien, pero tampoco consideramos la situación de Euzkadi como consolidada indefinidamente, sobre todo si las fuerzas de oposición, hoy escasas, usan de una política inteligente con la suficiente voluntad de lucha como para crear un potente movimiento obrero independiente. Euzkadi, que hoy influencia notoriamente la política española, no podrá a su vez sustraerse a la influencia que en esta política marquen las organizaciones obreras revolucionarias del resto del país.

José María ARENILLAS

Los ensayos que recoge este volumen son los primeros en que, desde la óptica del marxismo y en especial del socialismo revolucionario, se intenta realizar un análisis concreto de la compleja realidad nacional de Euskadi, desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera. En ellos, por primera vez, se procura fundir el hecho nacional y los intereses de las clases trabajadoras, buscando una solución socialista revolucionaria a «la cuestión nacional» en Euskadi. De ahí su valor tanto histórico como metodológico

Diseño portada: B. CASERO MORAN-NINO

Primera edición: mono de 1981

© Herederos de José Luis Arenillas y José María Arenillas

© EDITORIAL FONTAMARA, SA

Entenza, 116, 3.º 3ª Barcelona, 15

Tel. 32516 83

Reservados todos los derechos conforme a la ley

ISBN. 84-7367-156-2

Depósito legal: B-9647-198

Impreso en España

Gráficas Ampurias. Vilamarí, 102. Barcelona,1

